

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Francisco

Exhortación Apostólica

Evangelii gaudium, sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual

24 de noviembre de 2013

1. La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. En esta Exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años.

I. Alegría que se renueva y se comunica

2. El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es caer en una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se cierra en sus propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente; muchos caen en él y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida. Así no es posible llevar una vida digna y plena: ese no es el deseo de Dios para nosotros; esa no es

Zacarías, viendo el día del Señor, invita a dar vítores al Rey que llega «*pobre y montado en un borrico*»: «*¡Exulta sin freno, Sion; grita de alegría, Jerusalén, que viene a ti tu Rey, justo y victorioso!*» (Za 9,9). Pero quizás la invitación más contagiosa sea la del profeta Sofonías, quien nos muestra al mismo Dios como un centro luminoso de fiesta y de alegría que quiere comunicar a su pueblo ese gozo salvífico. Me llena de vida releer este texto: «*Tu Dios está en medio de ti, como poderoso Salvador. Él exulta de gozo por ti, te renueva con su amor, y baila por ti con gritos de júbilo*» (So 3,17). Es la alegría que se vive en medio de las pequeñas cosas de la vida cotidiana, como respuesta a la afectuosa invitación de nuestro Padre Dios: «*Hijo, en la medida de tus posibilidades, trátate bien (...) No te prives de pasar un buen día*» (Si 14,11.14). ¡Cuánta ternura paterna se intuye detrás de estas palabras!

5. El Evangelio, donde deslumbra gloriosa la Cruz de Cristo, invita insistentemente a la alegría. Bastan algunos ejemplos: «*Alégrate*» es el saludo del ángel a María (Lc 1,28). La visita de María a Isabel hace que Juan salte de alegría en el seno de su madre (cf. Lc 1,41), y en su canto, María proclama: «*Se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador*» (Lc 1,47). Cuando Jesús comienza su ministerio, Juan exclama: «*Esta es mi alegría, que ha llegado a su plenitud*» (Jn 3,29). Jesús mismo «*se llenó de alegría en el Espíritu Santo*» (Lc 10,21). Su mensaje es fuente de gozo: «*Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría sea plena*» (Jn 15,11). Nuestra alegría cristiana bebe de la fuente de su corazón rebosante. Él promete a los discípulos: «*Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría*» (Jn 16,20), e insiste: «*Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón, y nadie os podrá quitar vuestra alegría*» (Jn 16,22). Después, ellos, al verlo resucitado, «*se alegraron*» (Jn 20,20). El libro de los Hechos de los Apóstoles cuenta que en la primera comunidad «*tomaban el alimento con alegría*» (Hch 2,46). Por donde pasaban los discípulos, había «*una gran alegría*» (Hch 8,8), y ellos, en medio de la persecución, «*se llenaban de gozo*» (Hch 13,52). Un eunuco, apenas bautizado, «*siguió gozoso su camino*» (Hch 8,39), y el carcelero «*se alegró con toda su familia por haber creído en Dios*» (Hch 16,34). ¿Por qué no entrar también nosotros en esa corriente de alegría?

6. Hay cristianos cuya opción parece ser la de una Cuaresma sin Pascua. Reconozco que la alegría no se vive del mismo modo en todas las etapas y circunstancias de la vida, que a veces son muy duras; se adapta y se transforma, y siempre permanece al menos como un brote de luz que nace de la certeza

9. El bien siempre tiende a comunicarse. Toda experiencia auténtica de verdad y de belleza busca por sí misma su expansión, y cualquier persona que viva una liberación profunda adquiere mayor sensibilidad ante las necesidades de los demás. Comunicándolo, el bien arraiga y se desarrolla; por eso, quien quiera vivir con dignidad y plenitud no tiene otro camino más que reconocer al otro y buscar su bien. No deberían asombrarnos entonces algunas expresiones de san Pablo: «*El amor de Cristo nos apremia*» (2Co 5,14); «*iAy de mí si no anunciara el Evangelio!*» (1Co 9,16).

10. La propuesta es vivir en un nivel superior, pero no con menor intensidad: «*La vida se acrecienta dándola, y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás*»⁴. Cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora, no hace más que indicar a los cristianos el verdadero dinamismo de la realización personal: «*Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que es entregada para dar vida a los demás. Eso es, en definitiva, la misión*»⁵. Por consiguiente, un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral. Recobremos y acrecentemos el fervor, «*la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas (...). Y ojalá el mundo actual —que busca, a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes o desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo*»⁶.

Eterna novedad

11. Un anuncio renovado ofrece a los creyentes, también a los tibios o no practicantes, una nueva alegría en la fe y una fecundidad evangelizadora. En realidad, su centro y esencia es siempre el mismo: el Dios que manifestó su amor inmenso en Cristo muerto y resucitado. Él hace a sus fieles siempre nuevos; aunque sean ancianos, «*les renovará el vigor; subirán con alas como de águila, correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse*» (Is 40,31). Cristo es el «*Evangelio eterno*» (Ap 14,6), y es «*el mismo, ayer, hoy y para siempre*» (Hb 13,8), pero su riqueza y su hermosura son inagotables. Él es siempre joven y fuente constante de novedad. La Iglesia no deja de asombrarse por «*la inmensa riqueza de la sabiduría y del*

hace presente «*una verdadera nube de testigos*» (Hb 12,1); entre ellos, se destacan algunas personas que incidieron de manera especial para hacer brotar nuestro gozo creyente: «*Acordaos de aquellos líderes que os anunciaron la Palabra de Dios*» (Hb 13,7). A veces se trata de personas sencillas y cercanas que nos iniciaron en la vida de fe: «*Tengo presente la sinceridad de tu fe, esa fe que tuvieron tu abuela Loide y tu madre Eunice*» (2Tm 1,5). El creyente es fundamentalmente "alguien que recuerda".

III. Nueva evangelización para la transmisión de la fe

14. En la escucha del Espíritu, que nos ayuda a reconocer comunitariamente los signos de los tiempos, se celebró del 7 al 28-10-2012 la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, cuyo tema fue "La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana". Allí se recordó que la nueva evangelización nos implica a todos, y que se realiza fundamentalmente en tres ámbitos¹⁰:

En primer lugar, el ámbito de la *pastoral ordinaria*, «*animada por el fuego del Espíritu, para encender los corazones de los fieles que frecuentan la comunidad y que se reúnen en el día del Señor para nutrirse de su Palabra y del Pan de vida eterna*»¹¹. También se incluyen en este ámbito los fieles que conservan una fe católica intensa y sincera y la expresan de diversas maneras, aunque no participen frecuentemente del culto. Esta pastoral se orienta al crecimiento de los creyentes, para que respondan cada vez mejor y con toda su vida al amor de Dios.

En segundo lugar, el ámbito de «*las personas bautizadas que no viven las exigencias del Bautismo*»¹², no pertenecen de corazón a la Iglesia y ya no experimentan el consuelo de la fe. La Iglesia, como madre siempre atenta, se esfuerza para que vivan una conversión que les devuelva la alegría de la fe y el deseo de comprometerse con el Evangelio.

Finalmente, la evangelización está esencialmente conectada con la proclamación del Evangelio a *quienes no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado*. Muchos de ellos buscan a Dios secretamente, movidos por la nostalgia de su rostro, aun en países de antigua tradición cristiana. Todos tienen derecho a recibir el Evangelio, y los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie; no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello u ofrece un horizonte deseable. La Iglesia no cree en proselitismo, sino en misión.¹³

- a) La reforma de la Iglesia en salida misionera.
- b) Las tentaciones de los agentes pastorales.
- c) La Iglesia entendida como totalidad del Pueblo de Dios que evangeliza.
- d) La homilía y su preparación.
- e) La inclusión social de los pobres.
- f) La paz y el diálogo social.
- g) Las motivaciones espirituales para la tarea misionera.

18. Me he extendido en esos temas con un desarrollo que quizá podrá pareceros excesivo. Pero no lo he hecho con la intención de ofrecer un tratado, sino solo para mostrar la importante incidencia práctica de esos asuntos en la tarea actual de la Iglesia. Todos ellos ayudan a perfilar un determinado estilo evangelizador que invito a asumir *en cualquier actividad que se realice*, para que, de esa manera, podamos acoger, en medio de nuestro compromiso diario, la exhortación de la Palabra de Dios: «*Alegraos siempre en el Señor. Os lo repito, ¡alegraos!*» (Flp 4,4).

Capítulo Primero

Transformación misionera de la Iglesia

19. La evangelización obedece al mandato misionero de Jesús: «*Id y haced que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a observar todo lo que os he mandado*» (Mt 28,19-20). En estos versículos se presenta el momento en el cual el Resucitado envía a los suyos a predicar el Evangelio en todo momento y por todas partes, de manera que la fe en Él llegue a cada rincón de la tierra.

a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin excusas y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie; así se lo anuncia el ángel a los pastores de Belén: «*No temáis, porque os traigo una Buena Noticia, una gran alegría para todo el pueblo*» (Lc 2,10). El Apocalipsis se refiere a «*una Buena Noticia, la eterna, la que él debía anunciar a los habitantes de la tierra, a toda nación, familia, lengua y pueblo*» (Ap 14,6).

Primerear, involucrarse, acompañar, fructificar y festejar

24. La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que "primerean", que se involucran, que acompañan, que fructifican y que festejan. "Primerear", tomar la iniciativa: disculpad este neologismo. La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor ha tomado la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. 1Jn 4,10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza expansiva. ¡Atrévamonos un poco más a primerear!

Como consecuencia, la Iglesia sabe "involucrarse". Jesús lavó los pies a sus discípulos. El Señor se involucra e involucra a los suyos, poniéndose de rodillas ante los demás para lavarlos, pero luego dice a los discípulos: «*Seréis felices si hacéis esto*» (Jn 13,17). La comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, acorta distancias, se rebaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, sintiendo la carne sufriente de Cristo en los demás. Los evangelizadores tienen así "olor a oveja", y las ovejas escuchan su voz.

Luego, la comunidad evangelizadora se dispone a "acompañar": acompaña a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean; sabe de esperas largas y de aguante apostólico. En la evangelización son muy importantes la paciencia y la despreocupación por el tiempo disponible.

Fiel al don del Señor, también sabe "fructificar". La comunidad evangelizadora siempre está atenta a los frutos, porque el Señor la quiere fecunda; cuida el trigo y no pierde la paz por la cizaña. El sembrador, cuando ve despuntar la cizaña en medio del trigo, no se enfada ni se desespera; encuentra la manera de que la cizaña se encorve en una situación que permita el fruto de vida para quienes en asociación

El Concilio Vaticano II presentó la conversión eclesial como la apertura a una permanente reforma de sí por fidelidad a Jesucristo: *«Toda la renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad a su vocación (...). Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una reforma perenne, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene siempre necesidad»*²⁴.

Hay estructuras eclesiales que pueden llegar a condicionar el dinamismo evangelizador; igualmente, las buenas estructuras sirven cuando hay una vida que las anima, las sostiene y las juzga. Sin vida nueva ni espíritu evangélico auténtico, sin "fidelidad de la Iglesia a su propia vocación", cualquier estructura nueva se corrompe en poco tiempo.

Inaplazable renovación eclesial

27. Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y todas las estructuras eclesiales se conviertan en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual, más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral solo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras; que la pastoral ordinaria, en todas sus instancias, sea más expansiva y abierta; que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida, y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad. Como decía Juan Pablo II a los obispos de Oceanía, *«toda renovación en el seno de la Iglesia debe tender a la misión como objetivo, para no quedar atrapada en una especie de introversión eclesial»*²⁵.

28. La parroquia no es una estructura caduca; precisamente porque tiene una gran plasticidad, puede tomar formas muy diversas, que requieren la docilidad y la creatividad misionera del pastor y de la comunidad. Aunque ciertamente no es la única institución evangelizadora, si es capaz de reformarse y de adaptarse continuamente, seguirá siendo *«la misma Iglesia que vive en las casas de sus hijos y de sus hijas»*²⁶. Esto supone que esté realmente en contacto con los hogares y con la vida del pueblo, y no se convierta en una prolija estructura separada de la gente, o en un grupo de elitistas que se miran a sí mismos. La parroquia es presencia eclesial en el territorio, y ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana. del diálogo. del anuncio. de la caridad generosa. de la adoración y de la

31. El obispo debe fomentar la comunión misionera en su Iglesia diocesana siguiendo siempre el ideal de las primeras comunidades cristianas, donde los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma (cf. Hch 4,32). Para eso, a veces estará delante, para indicar el camino y cuidar la esperanza del pueblo; otras veces estará simplemente en medio de todos, con su cercanía sencilla y misericordiosa; y en ocasiones deberá caminar detrás del pueblo, para ayudar a los rezagados y, sobre todo, porque el rebaño tiene su propio olfato para encontrar nuevos caminos. En su misión de fomentar una comunión dinámica, abierta y misionera, tendrá que alentar y procurar la maduración de los mecanismos de participación que propone el *Código de Derecho Canónico*³⁴ y de otras formas de diálogo pastoral, con el deseo de escuchar a todos, y no solo a algunos siempre dispuestos a hacer halagos. Pero el objetivo de esos procesos participativos no será principalmente la organización eclesial, sino el sueño misionero de llegar a todos.

32. Dado que estoy llamado a vivir lo que pido a los demás, también debo pensar en una conversión del papado. Me corresponde, como obispo de Roma, estar abierto a las sugerencias sobre el ejercicio de mi ministerio que lo vuelvan más fiel al sentido que Jesucristo quiso darle y a las necesidades actuales de la evangelización. El papa Juan Pablo II pidió que se le ayudara a encontrar *«una forma del ejercicio del primado que, sin renunciar de ningún modo a lo esencial de su misión, se abra a una situación nueva»*³⁵. Hemos avanzado poco en ese sentido. También el papado y las estructuras centrales de la Iglesia universal necesitan escuchar la llamada a una conversión pastoral. El Concilio Vaticano II expresó que, de modo análogo a las antiguas Iglesias patriarcales, las conferencias episcopales pueden *«desarrollar una obra múltiple y fecunda, a fin de que el sentimiento colegial tenga una aplicación concreta»*³⁶. Pero ese deseo no se ha realizado plenamente, ya que todavía no se ha explicitado suficientemente un estatuto de las conferencias episcopales que las conciba como sujetos de atribuciones concretas, incluyendo también alguna autoridad doctrinal auténtica³⁷. Una centralización excesiva, más que ayudar, complica la vida de la Iglesia y su dinámica misionera.

33. La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del "siempre se ha hecho así". Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las comunidades. Una postulación de los fines

en Jesucristo muerto y resucitado. En este sentido, el Concilio Vaticano II explicó que «*hay un orden o "jerarquía" en las verdades de la doctrina católica, por ser distinta su conexión con el fundamento de la fe cristiana*»³⁸. Eso vale tanto para los dogmas de fe como para el conjunto de las enseñanzas de la Iglesia, e incluso para la enseñanza moral.

37. Santo Tomás de Aquino enseñaba que en el mensaje moral de la Iglesia también hay una *jerarquía* de las virtudes y de los actos que proceden de ellas³⁹. Lo que cuenta ante todo es «*la fe que se hace activa por la caridad*» (Ga 5,6). Las obras de amor al prójimo son la manifestación externa más perfecta de la gracia interior del Espíritu: «*El elemento principal de la nueva ley es la gracia del Espíritu Santo, que se manifiesta en la fe que obra por el amor*»⁴⁰. Por ello, explica que, en cuanto al obrar exterior, la misericordia es la mayor de todas las virtudes: «*En sí misma, la misericordia es la mayor de las virtudes, ya que a ella pertenece volcarse en los demás y, más aún, socorrer sus deficiencias. Esto es propio de la virtud superior, y por eso se tiene como propio de Dios tener misericordia, en la cual su omnipotencia resplandece de modo máximo*»⁴¹.

38. Es importante extraer consecuencias pastorales de la enseñanza conciliar, que recoge una antigua convicción de la Iglesia. Ante todo, hay que decir que en el anuncio del Evangelio es necesario que haya una proporción adecuada en la frecuencia con la cual se mencionan algunos temas y en los acentos que se ponen en la predicación. Por ejemplo, si a lo largo de un año litúrgico un párroco habla diez veces sobre la templanza y solo dos o tres sobre la caridad o la justicia, se produce una desproporción que ensombrece precisamente aquellas virtudes que deberían estar más presentes en la predicación y en la catequesis. Lo mismo sucede cuando se habla más de la ley que de la gracia, más de la Iglesia que de Jesucristo, o más del papa que de la Palabra de Dios.

39. Así como la organicidad entre las virtudes impide excluir alguna de ellas del ideal cristiano, ninguna verdad es negada; no hay que alterar la integridad del mensaje del Evangelio. Es más, cualquier verdad se comprende mejor si se la pone en relación con la armoniosa totalidad del mensaje cristiano, y, en ese contexto, todas las verdades tienen su importancia y se iluminan entre sí. Cuando la predicación es fiel al Evangelio, se manifiesta con claridad la centralidad de algunas verdades y queda claro que la

los fieles reciben, debido al lenguaje que ellos utilizan y comprenden, es algo que no responde al verdadero Evangelio de Jesucristo. Con la santa intención de comunicarles la verdad sobre Dios y sobre el ser humano, en algunas ocasiones les damos un falso dios o un ideal humano que no es verdaderamente cristiano; de ese modo, somos fieles a una formulación, pero no entregamos la sustancia: ese es el riesgo más grave. Recordemos que *«la expresión de la verdad puede ser multiforme, y la renovación de las formas de expresión se hace necesaria para transmitir al hombre de hoy el mensaje evangélico en su inmutable significado»*⁴⁶.

42. Esto tiene una gran incidencia en el anuncio del Evangelio, si de verdad tenemos el propósito de que su belleza pueda ser mejor percibida y acogida por todos. De cualquier modo, nunca podremos convertir las enseñanzas de la Iglesia en algo comprendido fácilmente o valorado positivamente por todos. La fe siempre conserva un aspecto de cruz, alguna oscuridad, que no le quita la firmeza a la adhesión a ella. Hay cosas que solo se comprenden y valoran desde esa adhesión, que es hermana del amor, más allá de la claridad con que puedan percibirse las razones y argumentos. Por ello, cabe recordar que todo adoctrinamiento ha de situarse en la actitud evangelizadora que despierta la adhesión del corazón con la cercanía, el amor y el testimonio.

43. En su constante discernimiento, la Iglesia también puede llegar a reconocer costumbres propias no directamente ligadas al núcleo del Evangelio, algunas muy arraigadas a lo largo de la historia, que hoy ya no son interpretadas de la misma manera y cuyo mensaje no suele ser percibido adecuadamente. Pueden ser bellas, pero ya no prestan el mismo servicio de cara a la transmisión del Evangelio; no tengamos miedo a revisarlas. Del mismo modo, hay normas o preceptos eclesiales que pueden haber sido muy eficaces en otras épocas, pero que ya no tienen la misma fuerza educativa como cauces de vida. Santo Tomás de Aquino destacaba que los preceptos dados por Cristo y los Apóstoles al Pueblo de Dios *«son poquísimos»*⁴⁷. Citando a san Agustín, advertía que los preceptos añadidos por la Iglesia posteriormente deben exigirse con moderación *«para no hacer pesada la vida a los fieles»* ni convertir nuestra religión en una esclavitud, cuando *«la misericordia de Dios quiso que fuera libre»*⁴⁸. Esta advertencia, hecha hace muchos siglos, tiene una tremenda actualidad, y debería ser uno de los criterios a considerar a la hora de pensar en una reforma de la Iglesia y de su predicación que permita llegar realmente a todos

a las urgencias para acompañar al que se quedó a un lado del camino. A veces hay que ser como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad.

47. La Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre. Uno de los signos concretos de esa apertura es tener templos con las puertas abiertas en todas partes; de ese modo, si alguien, movido por el Espíritu, se acerca buscando a Dios, no se encontrará con la frialdad de unas puertas cerradas. Pero hay otras puertas que tampoco se deben cerrar. Todos pueden participar de alguna manera en la vida eclesial, todos pueden integrar la comunidad, y tampoco las puertas de los sacramentos deberían cerrarse por una razón cualquiera. Esto vale sobre todo cuando se trata de ese sacramento que es "la puerta", el Bautismo. La Eucaristía, si bien constituye la plenitud de la vida sacramental, no es un premio para los perfectos, sino un generoso remedio y un alimento para los débiles⁵¹. Estas convicciones también tienen consecuencias pastorales que estamos llamados a considerar con prudencia y audacia. A menudo nos comportamos como controladores y no como facilitadores de la gracia, pero la Iglesia no es una aduana, sino la casa paterna, donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas.

48. Si la Iglesia entera asume este dinamismo misionero, debe llegar a todos, sin excepciones. Pero ¿a quiénes debería privilegiar? Cuando uno lee el Evangelio, se encuentra con una orientación contundente: no tanto a los amigos y vecinos ricos, sino sobre todo a los pobres y enfermos, a esos que suelen ser despreciados y olvidados, a aquellos que «*no tienen con qué recompensarte*» (Lc 14,14). No deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro. Hoy y siempre, «*los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio*»⁵², y la evangelización que reciben gratuitamente es signo del Reino que Jesús vino a traer. Hay que decir sin rodeos que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres: nunca debemos dejarlos solos.

49. Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Repito aquí para toda la Iglesia lo que he dicho muchas veces a los sacerdotes y laicos de Buenos Aires: prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a sus propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por su posición y que termine atrapada en

primero y rechazar lo segundo. Doy por conocidos los diversos análisis que ofrecieron otros documentos del Magisterio universal, así como los que han propuesto los episcopados regionales y nacionales. En esta Exhortación solo pretendo detenerme brevemente, con una mirada pastoral, en algunos aspectos de la realidad que pueden detener o debilitar los dinamismos de renovación misionera de la Iglesia, sea porque afectan a la vida y a la dignidad del Pueblo de Dios, sea porque inciden en los sujetos que participan de un modo más directo en las instituciones eclesiales y en las tareas evangelizadoras.

I. Algunos desafíos del mundo actual

52. La humanidad vive en este momento un giro histórico, que podemos ver en los adelantos que se producen en diversos campos. Son de alabar los avances que contribuyen al bienestar de la gente, como, por ejemplo, los de los ámbitos de la salud, de la educación y de la comunicación; sin embargo, no podemos olvidar que la mayoría de los hombres y mujeres de nuestro tiempo vive precariamente el día a día, con consecuencias funestas. Algunas patologías van en aumento. El miedo y la desesperación se apoderan del corazón de numerosas personas, incluso en los llamados países ricos; la alegría de vivir se apaga frecuentemente; la falta de respeto y la violencia crecen; y la desigualdad es cada vez más patente. Hay que luchar para vivir, y, a menudo, para vivir con poca dignidad. Este cambio de época se ha generado por los enormes saltos cualitativos, cuantitativos, acelerados y acumulativos que se vienen dando en el desarrollo científico, en las innovaciones tecnológicas y en sus aplicaciones en distintos campos de la naturaleza y de la vida. Estamos en la era del conocimiento y de la información, origen de nuevas formas de un poder muchas veces anónimo.

No a una economía de la exclusión

53. Así como el mandamiento de "no matarás" pone un límite claro que asegura el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir "no a una economía de la exclusión y de la desigualdad"; esa economía mata. No puede ser que no sea noticia que muera de frío un anciano sin techo y que sí lo sea una caída de dos puntos de la bolsa: eso es exclusión. No se puede tolerar que se tire comida cuando hay gente que pasa hambre: eso es desigualdad. Hoy, todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, donde el poderoso se come al débil. Como consecuencia de esta situación, grandes masas

finanzas y a la economía, pone de manifiesto sus desequilibrios y, sobre todo, las graves carencias de su orientación antropológica, que reduce al ser humano a una sola de sus necesidades: el consumo.

56. Mientras las ganancias de unos pocos crecen exponencialmente, las de la mayoría se quedan cada vez más lejos del bienestar de esa minoría feliz. Este desequilibrio proviene de ideologías que defienden la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera; de ahí que nieguen el derecho de control de los Estados, encargados de velar por el bien común. Se instaura una nueva tiranía invisible, a veces virtual, que impone, de forma unilateral e implacable, sus leyes y sus reglas. Además, la deuda y sus intereses alejan a los países de desarrollar el potencial de sus economías y a los ciudadanos de tener su poder adquisitivo real. A todo ello se añaden una corrupción ramificada y una evasión fiscal egoísta, que han asumido dimensiones mundiales; el afán de poder y de tener no conoce límites. En este sistema, que tiende a fagocitarlo todo en orden a acrecentar beneficios, cualquier cosa que sea frágil, como el medio ambiente, queda indefensa ante los intereses del mercado divinizado, convertidos en regla absoluta.

No a un dinero que gobierna en lugar de servir

57. Tras esta actitud se esconde el rechazo a la ética y el rechazo a Dios. La ética suele ser mirada con cierto desprecio burlón; se la considera contraproducente, demasiado humana, porque relativiza el dinero y el poder; y se la siente como una amenaza, pues condena la manipulación y la degradación de la persona. En definitiva, la ética lleva a un Dios que espera una respuesta comprometida que está fuera de las categorías del mercado. Para estas, si son absolutizadas, Dios es incontrolable, inmanejable, incluso peligroso, por llamar al ser humano a su realización plena y a su independencia de cualquier tipo de esclavitud. La ética —una ética no ideologizada— permite crear un equilibrio y un orden social más humano. En este sentido, animo a los expertos financieros y a los gobernantes de los países a considerar las palabras de un sabio de la Antigüedad: «*No compartir los bienes con los pobres es robarles y quitarles la vida. Los bienes que tenemos no son nuestros, sino suyos*»⁵⁵.

58. Una reforma financiera que no ignore la ética requeriría un cambio de actitud enérgico por parte de los dirigentes políticos, a quienes exhorto a afrontar este reto con determinación y visión de futuro.

males, con generalizaciones indebidas, y pretenden encontrar la solución en una "educación" que los tranquilice y los convierta en seres domesticados e inofensivos. Esto se vuelve todavía más irritante si los excluidos ven crecer ese cáncer social que es la corrupción, profundamente arraigada en muchos países —en sus gobiernos, empresarios e instituciones—, cualquiera que sea la ideología política de sus gobernantes.

Algunos desafíos culturales

61. Evangelizamos también cuando tratamos de afrontar los diversos desafíos que pueden presentarse⁵⁶. A veces se manifiestan en verdaderos ataques a la libertad religiosa o en nuevas situaciones de persecución a los cristianos, las cuales han alcanzado en algunos países niveles alarmantes de odio y violencia. En muchos lugares se trata más bien de una difusa indiferencia relativista, relacionada con el desencanto y con la crisis de las ideologías que ha surgido como reacción contra todo lo que parezca totalitario. Esto no perjudica solo a la Iglesia, sino a la vida social en general. Reconozcamos que una cultura en la que cada uno quiere ser el portador de su propia verdad subjetiva hace difícil que los ciudadanos deseen integrarse en un proyecto común, más allá de los beneficios y deseos personales.

62. En la cultura predominante, el primer lugar está ocupado por lo exterior, lo inmediato, lo visible, lo rápido, lo superficial y lo provisional; lo real cede el lugar a lo aparente. En muchos países, la globalización ha significado un deterioro acelerado de las raíces culturales, con la invasión de tendencias pertenecientes a otras culturas, económicamente desarrolladas pero éticamente debilitadas. Así lo han manifestado en distintos sínodos los obispos de varios continentes. Los obispos africanos, por ejemplo, retomando la Encíclica *Sollicitudo rei socialis*, señalaron años atrás que muchas veces se quiere convertir a los países de África en simples «piezas de un mecanismo y de un engranaje gigantesco. Esto sucede a menudo en el campo de los medios de comunicación social, los cuales, al estar mayoritariamente dirigidos desde los países del Norte, no siempre tienen en la debida consideración las prioridades y los problemas propios de estos países, ni respetan su fisonomía cultural»⁵⁷. Igualmente, los obispos de Asia «subrayaron la influencia que se ejerce desde el exterior sobre las culturas asiáticas. Están apareciendo nuevas formas de conducta que son el resultado de una exposición excesiva a los medios de comunicación social (...). Eso

superficialidad a la hora de plantear las cuestiones morales; por consiguiente, se vuelve necesaria una educación que enseñe a pensar críticamente y que ofrezca un camino de maduración en valores.

65. A pesar de toda la corriente secularista que invade las sociedades, en muchos países —incluso donde el cristianismo es minoría— la Iglesia católica es una institución creíble ante la opinión pública y confiable en lo que respecta al ámbito de la solidaridad y de la preocupación por los más necesitados. En repetidas ocasiones ha servido de mediadora en favor de la solución de problemas que afectan a la paz, la concordia, la tierra, la defensa de la vida, los derechos humanos y ciudadanos, etc. ¡Y cuánto aportan las escuelas y universidades católicas en todo el mundo! Es muy bueno que así sea. Pero nos cuesta mostrar que, cuando planteamos otras cuestiones que despiertan menor aceptación pública, lo hacemos por fidelidad a las mismas convicciones sobre la dignidad humana y el bien común.

66. La familia atraviesa una crisis cultural profunda, como todas las comunidades y grupos sociales. En el caso de la familia, la fragilidad de los vínculos se vuelve especialmente grave, porque se trata de la célula básica de la sociedad, el lugar donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a un grupo, y donde los padres transmiten la fe a sus hijos. El matrimonio tiende a ser visto como una mera forma de satisfacción emocional que puede constituirse de cualquier manera y modificarse de acuerdo con la sensibilidad de cada uno. Pero la aportación indispensable del matrimonio a la sociedad supera el nivel de la emotividad y el de las necesidades circunstanciales de la pareja. Como enseñan los obispos franceses, no procede *«del sentimiento amoroso, efímero por definición, sino de la profundidad del compromiso asumido por los esposos, que aceptan entrar en una unión de vida total»*⁶⁰.

67. El individualismo posmoderno y globalizado favorece un estilo de vida que debilita el desarrollo y la estabilidad de los vínculos entre las personas, y que desnaturaliza los vínculos familiares. La acción pastoral debe mostrar mejor que la relación con nuestro Padre exige y alienta una comunión que sane, promueva y afiance los vínculos interpersonales. Mientras en el mundo, especialmente en algunos países, reaparecen diversas formas de guerra y enfrentamiento, los cristianos insistimos en nuestra propuesta de reconocer al otro, de sanar las heridas, de construir puentes, de estrechar lazos y de ayudarnos *«mutuamente a llevar las cargas»* (Ga 6,2). Por otra parte, hoy surgen muchas formas de asociación para

70. También es cierto que a veces se coloca el acento, más que en el impulso de la piedad cristiana, en formas exteriores de tradiciones de ciertos grupos, o en supuestas revelaciones privadas que se absolutizan. Hay cierto cristianismo de devociones, propio de una vivencia individual y sentimental de la fe, que en realidad no responde a una auténtica "piedad popular". Algunos promueven estas expresiones sin preocuparse por la promoción social ni por la formación de los fieles, y en ciertos casos lo hacen para obtener beneficios económicos o algún poder sobre los demás. Tampoco podemos ignorar que en las últimas décadas se ha producido una ruptura en la transmisión generacional de la fe cristiana en el pueblo católico; es innegable que muchos se sienten desencantados y dejan de identificarse con la tradición católica, que son más los padres que no bautizan a sus hijos ni les enseñan a rezar, y que hay un cierto éxodo hacia otras comunidades de fe. Algunas causas de esta ruptura son: la falta de espacios de diálogo familiar, la influencia de los medios de comunicación, el subjetivismo relativista, el consumismo desenfrenado alentado por el mercado, la falta de acompañamiento pastoral a los más pobres, la ausencia de una acogida cordial en nuestras instituciones, y nuestra dificultad para recrear la adhesión mística a la fe en un escenario religioso plural.

Desafíos de las culturas urbanas

71. La nueva Jerusalén, la Ciudad santa (cf. Ap 21,2-4), es el destino hacia donde peregrina toda la humanidad. Es llamativo que la revelación nos diga que la plenitud de la humanidad y de la historia se realizará en una ciudad. Necesitamos reconocer la ciudad desde una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas. La presencia de Dios acompaña las búsquedas sinceras que personas y grupos realizan para encontrar apoyo y sentido a sus vidas; Él vive entre los ciudadanos promoviendo la solidaridad, la fraternidad y el deseo de bien, de verdad y de justicia. Esa presencia no debe ser fabricada, sino descubierta, desvelada; Dios no se oculta ante aquellos que lo buscan con un corazón sincero, aunque lo hagan a tientas, de manera imprecisa y difusa.

72. En la ciudad, lo religioso se expresa en diferentes estilos de vida, por costumbres asociadas a un sentido de lo temporal, de lo territorial y de las relaciones, que difiere del estilo de los habitantes

el escenario de protestas masivas donde miles de habitantes reclaman libertad, participación, justicia y diversas reivindicaciones que, si no son interpretadas adecuadamente, no podrán acallarse por la fuerza.

75. No podemos ignorar que en las ciudades se desarrollan con facilidad el tráfico de drogas y de personas, el abuso y la explotación de menores, el abandono de ancianos y enfermos, y diversas formas de corrupción y de crimen. Al mismo tiempo, lo que podría ser un precioso espacio de encuentro y solidaridad, se convierte frecuentemente en lugar de huidas y de desconfianzas mutuas; las casas y los barrios se construyen más para aislar y proteger que para conectar e integrar. La proclamación del Evangelio será una base para restaurar la dignidad de la vida humana en esos contextos, porque Jesús quiere derramar en las ciudades vida en abundancia (cf. Jn 10,10). El sentido unitario y completo de la vida humana que propone el Evangelio es el mejor remedio para los males urbanos, aunque debemos darnos cuenta de que un programa y un estilo uniforme e inflexible de evangelización no son aptos para esta realidad. Vivir a fondo lo humano e introducirse en el corazón de los desafíos como fermento testimonial, en cualquier cultura y en cualquier ciudad, mejora al cristiano y fecunda la ciudad.

II. Tentaciones de los agentes pastorales

76. Siento una enorme gratitud por la tarea de todos los que trabajan en la Iglesia. No quiero detenerme ahora a exponer las actividades de los diversos agentes pastorales, desde los obispos hasta quienes realizan el más sencillo y desconocido de los servicios eclesiales; me gustaría más bien reflexionar acerca de los desafíos a los que todos ellos se enfrentan en medio de la actual cultura globalizada. Pero tengo que decir, en primer lugar y como deber de justicia, que la aportación de la Iglesia en el mundo actual es enorme. Nuestro dolor y nuestra vergüenza por los pecados de algunos miembros de la Iglesia, y por los propios, no deben hacer olvidar cuántos cristianos dan la vida por amor: ayudan a mucha gente a curarse o a morir en paz en hospitales precarios, acompañan a personas esclavizadas por diversas adicciones en los lugares más pobres de la tierra, se desgastan en la educación de niños y jóvenes, cuidan ancianos abandonados por todos, tratan de comunicar valores en ambientes hostiles, y se entregan de muchas otras maneras que muestran ese inmenso amor a la humanidad que nos ha inspirado el Dios hecho hombre. Agradezco el hermoso ejemplo que me dan tantos cristianos que ofrecen su vida y su

como todos y por tener lo que poseen los demás. Así, las tareas evangelizadoras se vuelven forzadas, y se dedican a ellas pocos esfuerzos y un tiempo muy limitado.

80. En los agentes pastorales se desarrolla, más allá del estilo espiritual o de la línea de pensamiento que puedan tener, un relativismo todavía más peligroso que el doctrinal; tiene que ver con las opciones más profundas y sinceras, que determinan una forma de vida. Este relativismo práctico es actuar como si Dios no existiera, decidir como si los pobres no existieran, soñar como si los demás no existieran, trabajar como si quienes no han recibido el anuncio no existieran. Llama la atención que incluso quienes aparentemente poseen convicciones doctrinales y espirituales sólidas suelen caer en un estilo de vida que los lleva a aferrarse a seguridades económicas o a espacios de poder y de gloria humana que se procuran por cualquier medio, en lugar de dar la vida por los demás en la misión. ¡No nos dejemos robar el entusiasmo misionero!

No a la pereza egoísta

81. Cuando más necesitamos un dinamismo misionero que lleve sal y luz al mundo, muchos laicos sienten el temor de que alguien les invite a realizar alguna tarea apostólica, y tratan de escapar de cualquier compromiso que les pueda quitar su tiempo libre. Hoy se ha vuelto muy difícil, por ejemplo, que las parroquias consigan catequistas capacitados y que perseveren en la tarea durante varios años; y algo semejante sucede con los sacerdotes, que cuidan con obsesión su tiempo personal. Esto frecuentemente se debe a que las personas necesitan imperiosamente preservar sus espacios de autonomía, como si una tarea evangelizadora fuera un veneno peligroso y no una respuesta alegre al amor de Dios, que nos convoca a la misión y nos vuelve plenos y fecundos. Algunos se resisten a probar hasta el fondo el sabor de la misión y quedan sumidos en una pereza paralizante.

82. El problema no es tanto el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas ni una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable. De ahí que las tareas cansen más de lo razonable, y a veces enfermen; no se trata de un cansancio feliz, sino tenso, pesado, insatisfecho y, en definitiva, no aceptado. Esta pereza pastoral puede tener diversos orígenes. Algunos caen en ella por sostener proyectos irrealizables y no vivir con ganas lo que buenamente podrían

1962: *«A veces llegan a nuestros oídos, hiriéndolos, ciertas insinuaciones de algunas personas que, aun en su celo ardiente, carecen del sentido de la discreción y de la medida, y que no ven en los tiempos modernos sino prevaricación y ruina (...). Nos parece justo disentir de tales profetas de calamidades, que anuncian siempre acontecimientos infaustos, como si el fin de los tiempos fuera inminente. En el presente momento histórico, la Providencia nos está llevando a un nuevo orden de relaciones humanas que, por obra misma de los hombres, pero más aún por encima de sus mismas intenciones, se encaminan al cumplimiento de planes superiores e inesperados; pues todo, aun las adversidades humanas, aquella lo dispone para mayor bien de la Iglesia»*⁶⁵.

85. Una de las tentaciones más importantes que ahogan el fervor y la audacia es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara avinagrada. Nadie puede emprender una lucha si de antemano no confía plenamente en el triunfo; el que comienza sin confiar ya ha perdido la mitad de la batalla y ha enterrado sus talentos. Aun con la dolorosa conciencia de las fragilidades propias, hay que seguir adelante sin darse por vencidos, y recordar lo que el Señor le dijo a san Pablo: *«Te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la debilidad»* (2Co 12,9). El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal. El mal espíritu derrotista es hermano de la tentación de separar antes de tiempo el trigo de la cizaña, producto de una desconfianza ansiosa y egocéntrica.

86. Es cierto que en algunos lugares se ha producido una "desertificación espiritual", fruto de los proyectos de sociedades que quieren construirse sin Dios o que destruyen sus raíces cristianas. Allí, *«el mundo cristiano se está haciendo estéril, y se agota como una tierra sobreexplotada, que se convierte en arena»*⁶⁶. En otros casos, la resistencia violenta al cristianismo obliga a los cristianos a vivir su fe casi a escondidas en el país que aman; esa es otra forma muy dolorosa de desierto. También la familia o el lugar de trabajo pueden ser ese ambiente árido donde hay que conservar la fe y tratar de irradiarla. Pero *«precisamente a partir de la experiencia de ese desierto, de ese vacío, es como podemos descubrir nuevamente la alegría de creer y su importancia vital para nosotros, hombres y mujeres. En el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir; así, en el mundo contemporáneo, son muchos los signos de la sed de Dios y del sentido último de la vida, a menudo manifestados de forma implícita o*

mismo, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos ha invitado a la revolución de la ternura.

89. El aislamiento, que es una forma de inmanentismo, puede expresarse en una falsa autonomía que excluye a Dios, pero también puede encontrar en lo religioso una forma de consumismo espiritual a la medida de su individualismo enfermizo. La vuelta a lo sagrado y las búsquedas espirituales que caracterizan a nuestra época son fenómenos ambiguos. Más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne ni compromiso con el otro; si no encuentran en la Iglesia una espiritualidad que los sane, los libere y los llene de vida y de paz, al mismo tiempo que los convoque a la comunión solidaria y a la fecundidad misionera, terminarán engañados por propuestas que no humanizan ni dan gloria a Dios.

90. Las formas propias de la religiosidad popular están encarnadas, porque han brotado de la encarnación de la fe cristiana en una cultura popular. Por eso mismo incluyen una relación personal, no con energías armonizadoras, sino con Dios, Jesucristo, María o un santo. Tienen carne, tienen rostros; son aptas para alimentar potencialidades relacionales y no tanto fugas individualistas. En otros sectores de nuestras sociedades crece el aprecio por diversas formas de "espiritualidad del bienestar" sin comunidad, por una "teología de la prosperidad" sin compromisos fraternos, o por experiencias subjetivas sin rostros, que se reducen a una búsqueda interior inmanentista.

91. Un desafío importante es mostrar que la solución nunca consistirá en escapar de una relación personal y comprometida con Dios, que al mismo tiempo nos compromete con los otros. Eso es lo que sucede hoy cuando los creyentes procuran esconderse y quitarse de encima a los demás, o cuando escapan sutilmente de un lugar a otro o de una tarea a otra, quedándose sin vínculos profundos o estables: «*Imaginatio locorum et mutatio multos fefellit*»⁶⁸; es un falso remedio que enferma el corazón, y a veces el cuerpo. Hace falta ayudar a reconocer que el único camino consiste en aprender a encontrarse con los demás con la actitud adecuada, que es valorarlos y aceptarlos como compañeros de camino, sin resistencias internas. Mejor todavía, se trata de aprender a descubrir a Jesús en el rostro de los demás, en

por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico propio del pasado. Es una supuesta seguridad doctrinal o disciplinaria que da lugar a un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar se analiza y clasifica a los demás, y en lugar de facilitar el acceso a la gracia se gastan las energías en controlar. En ninguno de los dos casos interesan verdaderamente Jesucristo o los demás; son manifestaciones de un inmanentismo antropocéntrico. No es posible imaginar que de estas formas desvirtuadas de cristianismo pueda brotar un auténtico dinamismo evangelizador.

95. Esta oscura mundanidad se manifiesta en muchas actitudes aparentemente opuestas, pero con la misma pretensión de "dominar el espacio de la Iglesia". En algunos hay un cuidado ostentoso de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, pero no les preocupa que el Evangelio tenga una inserción real en el Pueblo fiel de Dios o en las necesidades concretas de la historia; así, la vida de la Iglesia se convierte en una pieza de museo o en una posesión de unos pocos. En otros, la misma mundanidad espiritual se esconde detrás de una fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, o en una vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, o en un embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial. También puede traducirse en diversas formas de mostrarse a uno mismo en una densa vida social llena de salidas, reuniones, cenas y recepciones; o bien se despliega en un funcionalismo empresarial, cargado de estadísticas, planificaciones y evaluaciones, donde el principal beneficiario no es el Pueblo de Dios, sino la Iglesia como organización. No lleva el sello de Cristo encarnado, crucificado y resucitado, genera grupos elitistas, e impide salir a buscar a los alejados o a las inmensas multitudes sedientas de Cristo; ya no hay fervor evangélico, sino disfrute espurio de una autocomplacencia egocéntrica.

96. En ese contexto, se alimenta la vanagloria de quienes se conforman con tener algún poder y prefieren ser generales de ejércitos derrotados antes que simples soldados de un escuadrón que sigue luchando. ¡Cuántas veces soñamos con planes apostólicos expansionistas, meticulosos y bien dibujados, propios de generales derrotados! Así negamos nuestra historia como Iglesia, que es gloriosa por ser historia de sacrificios, de esperanza, de lucha cotidiana, de vida deshilachada en el servicio, y de constancia en el trabajo que cansa, porque todo trabajo es "sudor de nuestra frente". Nos entretenemos, vanidosos, hablando sobre "lo que habría que hacer" —el pecado del "habríaqueísmo"— como maestros espirituales

amor que os tengáis unos a otros» (Jn 13,35). Es lo que Jesús pedía encarecidamente al Padre: «Que sean uno en nosotros (...) para que el mundo crea» (Jn 17,21). ¡Atención a la tentación de la envidia; estamos en la misma barca y vamos hacia el mismo puerto! Pidamos la gracia de alegrarnos con los frutos ajenos, que son de todos.

100. A los que están heridos por divisiones históricas les resulta difícil aceptar que los exhortemos al perdón y a la reconciliación, ya que interpretan que ignoramos su dolor, o que pretendemos hacerles perder la memoria y los ideales; pero si ven el testimonio de comunidades auténticamente fraternas y reconciliadas, eso es siempre una luz que atrae. Por eso me duele tanto comprobar cómo en algunas comunidades cristianas, y aun entre personas consagradas, consentimos diversas formas de odio, divisiones, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las ideas propias a costa de cualquier cosa, y hasta persecuciones que parecen una implacable caza de brujas. ¿A quién vamos a evangelizar con esos comportamientos?

101. Pidamos al Señor que nos haga entender la ley del amor. ¡Qué bueno es tener esta ley! ¡Cuánto bien nos hace amarnos los unos a los otros en contra de todo! Sí, ¡en contra de todo! Esta exhortación paulina se dirige a cada uno de nosotros: «*No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien*» (Rm 12,21); y esta también: «*¡No nos cansemos de hacer el bien!*» (Ga 6,9). Todos tenemos simpatías y antipatías, y quizás ahora mismo estemos enojados con alguien; pero, al menos, digamos al Señor: "Señor, estoy enojado con este o con aquella; te pido por él o ella". Rezar por aquel con el que estamos enfadados es un hermoso paso en el amor, y es un acto evangelizador. ¡Hagámoslo hoy! ¡No nos dejemos robar el ideal del amor fraterno!

Otros desafíos eclesiales

102. Los laicos son, sencillamente, la inmensa mayoría del Pueblo de Dios, a cuyo servicio está la minoría de los ministros ordenados. Ha crecido la conciencia de la identidad y de la misión del laico en la Iglesia; se cuenta con un laicado numeroso, aunque no suficiente, con arraigado sentido de comunidad y una gran fidelidad en el compromiso de la caridad, la catequesis y la celebración de la fe. Pero la toma de conciencia de esta responsabilidad laical, que nace del Bautismo y de la Confirmación, no se

para el servicio de su pueblo, pero la gran dignidad viene del Bautismo, que es accesible a todos. La configuración del sacerdote con Cristo Cabeza —es decir, como fuente capital de la gracia— no implica una exaltación que lo coloque por encima del resto. En la Iglesia, las funciones «*no dan lugar a la superioridad de unos sobre otros*»⁷⁴; de hecho, una mujer, María, es más importante que los obispos. Aun cuando la función del sacerdocio ministerial se considere “jerárquica”, hay que tener bien presente que «*está ordenada totalmente a la santidad de los miembros del Cuerpo místico de Cristo*»⁷⁵. Su clave y su eje no son el poder entendido como dominio, sino la potestad de administrar el sacramento de la Eucaristía; de ahí deriva su autoridad, que es siempre un servicio al pueblo. Aquí hay un gran desafío para los pastores y para los teólogos, que podrían ayudar a reconocer mejor lo que esto implica con respecto al posible lugar de la mujer allí donde se toman decisiones importantes, en los diversos ámbitos de la Iglesia.

105. La pastoral juvenil, tal y como estábamos acostumbrados a desarrollarla, ha sufrido el embate de los cambios sociales. Los jóvenes no suelen encontrar respuestas a sus inquietudes, necesidades, problemáticas y heridas en las estructuras habituales. A los adultos nos cuesta escucharlos con paciencia, comprender sus inquietudes o peticiones, y aprender a hablarles en el lenguaje que ellos comprenden; por esa misma razón, las propuestas educativas no producen los frutos esperados. La proliferación y crecimiento de asociaciones y movimientos predominantemente juveniles pueden interpretarse como una acción del Espíritu, que abre caminos nuevos, acordes con sus expectativas y sus búsquedas de espiritualidad profunda y de un sentido de pertenencia más concreto. Se hace necesario, sin embargo, ahondar en la participación de los jóvenes en la pastoral de conjunto de la Iglesia⁷⁶.

106. Aunque no siempre es fácil abordar a los jóvenes, se ha mejorado en dos aspectos: la conciencia de que toda la comunidad los evangeliza y educa, y la urgencia de que tengan un mayor protagonismo. Cabe reconocer que, en el contexto actual de crisis del compromiso y de los lazos comunitarios, son muchos los jóvenes que se solidarizan ante los males del mundo y se embarcan en diversas formas de militancia y voluntariado. Algunos participan en la vida de la Iglesia, e integran grupos de servicio y diversas iniciativas misioneras en sus propias diócesis o en otros lugares. ¡Qué bueno es que los jóvenes sean “callejeros de la fe” y estén felices de llevar a Jesucristo a cada esquina, a cada plaza y a cada rincón

Capítulo Tercero

Anuncio del Evangelio

110. Después de tomar en cuenta algunos desafíos de la realidad actual, quiero recordar ahora la tarea que nos apremia en cualquier época y lugar, porque *«no puede haber auténtica evangelización sin la proclamación explícita de que Jesús es el Señor»*, ni sin una *«primacía de la proclamación de Jesucristo en cualquier actividad de evangelización»*⁷⁷. Recogiendo las inquietudes de los obispos asiáticos, Juan Pablo II les expresó que, para que la Iglesia cumpla *«su destino providencial, la evangelización, como predicación alegre, paciente y progresiva de la muerte y resurrección salvadora de Jesucristo, debe ser vuestra prioridad absoluta»*⁷⁸. Eso vale para todos.

I. Todo el Pueblo de Dios anuncia el Evangelio

111. La evangelización es tarea de la Iglesia. Pero este sujeto de la evangelización es más que una institución orgánica o jerárquica; es ante todo un pueblo que peregrina hacia Dios. Es ciertamente un *misterio* que hunde sus raíces en la Trinidad, pero tiene su concreción histórica en un pueblo peregrino y evangelizador, lo cual siempre trasciende cualquier expresión institucional necesaria. Propongo detenernos un poco en esta forma de entender la Iglesia, que tiene su fundamento último en la iniciativa libre y gratuita de Dios.

Pueblo para todos

112. La salvación que Dios nos ofrece es obra de su misericordia; no hay acciones humanas, por muy buenas que sean, que nos hagan merecer un don tan grande. Dios, por pura gracia, nos atrae para unirnos a sí⁷⁹; Él envía su Espíritu a nuestros corazones para hacernos sus hijos, para transformarnos y para volvernos capaces de responder con nuestra vida a ese amor. La Iglesia es enviada por Jesucristo como sacramento de la salvación ofrecida por Dios⁸⁰; ella, a través de sus acciones evangelizadoras, colabora como instrumento de la gracia divina, que actúa incesantemente más allá de toda posible supervisión. Bien lo expresaba Benedicto XVI al abrir las reflexiones del Sínodo: *«Es importante saber que la primera*

y con Dios. Así entendida, la cultura abarca la totalidad de la vida de un pueblo⁸⁴. Cada pueblo, en su devenir histórico, desarrolla su propia cultura con legítima autonomía⁸⁵; eso se debe a que la persona, «*por su misma naturaleza, tiene absoluta necesidad de vida social*»⁸⁶, y está siempre referida a la sociedad, donde vive un modo concreto de relacionarse con la realidad. El ser humano tiene siempre una ubicación cultural: «*naturaleza y cultura se hallan unidas estrechísimamente*»⁸⁷. La gracia supone la cultura, y el don de Dios se encarna en la cultura de quien lo recibe.

116. En estos dos milenios de cristianismo, innumerable cantidad de pueblos han recibido la gracia de la fe, la han hecho florecer en su vida cotidiana y la han transmitido según sus modos culturales propios. Cuando una comunidad acoge el anuncio de la salvación, el Espíritu Santo fecunda su cultura con la fuerza transformadora del Evangelio, de modo que, como podemos ver en la historia de la Iglesia, el cristianismo no tiene un único modo cultural, sino que, «*permaneciendo plenamente uno mismo, en total fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición eclesial, llevará consigo también el rostro de las culturas y de los pueblos en que ha sido acogido y ha arraigado*»⁸⁸. En los distintos pueblos, que experimentan el don de Dios según su propia cultura, la Iglesia expresa su genuina catolicidad y muestra «*la belleza de su rostro polifacético*»⁸⁹. En las manifestaciones cristianas de un pueblo evangelizado, el Espíritu Santo embellece a la Iglesia, mostrándole nuevos aspectos de la Revelación y regalándole un nuevo rostro. En la inculturación, la Iglesia «*introduce a los pueblos, con sus culturas, en su misma comunidad*»⁹⁰, porque «*toda cultura propone valores y formas positivas que pueden enriquecer la manera de anunciar, concebir y vivir el Evangelio*»⁹¹; así, «*la Iglesia, asumiendo los valores de las diversas culturas, se hace "sponsa ornata monilibus suis", "la novia adornada con sus joyas" (cf. Is 61,10)*»⁹².

117. La diversidad cultural bien entendida no amenaza la unidad de la Iglesia. Es el Espíritu Santo, enviado por el Padre y por el Hijo, quien transforma nuestros corazones y nos hace capaces de entrar en la comunión perfecta de la Santísima Trinidad, donde todo encuentra su unidad. Él construye la comunión y la armonía del Pueblo de Dios; el mismo Espíritu Santo es la armonía, y también es el vínculo de amor entre el Padre y el Hijo⁹³. Él es quien suscita una múltiple y diversa riqueza de dones, y al mismo tiempo construye una unidad que nunca es uniformidad, sino multiforme armonía que atrae. La evangelización reconoce gozosamente estas múltiples riquezas que el Espíritu engendra en la Iglesia:

120. En virtud del Bautismo recibido, todos los miembros del Pueblo de Dios se convierten en discípulos misioneros (cf. Mt 28,19). Cada uno de los bautizados, cualesquiera que sean su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por personas cualificadas, donde el resto del pueblo fiel sea solo receptor de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. Esta convicción se convierte en una llamada dirigida a cada cristiano, para que nadie aplaze su compromiso con la evangelización, pues si uno ha tenido una verdadera experiencia del amor salvador de Dios, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, y no debe esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; no decimos que somos "discípulos" y "misioneros", sino que somos siempre "discípulos misioneros". Si no nos convencemos, miremos a los primeros discípulos, quienes inmediatamente después de conocer la mirada de Jesús, salían a proclamarlo gozosos: «*iHemos encontrado al Mesías!*» (Jn 1,41); o a la samaritana, que apenas terminó su diálogo con Jesús, se convirtió en misionera, y muchos samaritanos creyeron en Jesús «*por la palabra de la mujer*» (Jn 4,39). También san Pablo, a partir de su encuentro con Jesucristo, «*enseguida se puso a predicar que Jesús es el Hijo de Dios*» (Hch 9,20). ¿A qué esperamos nosotros?

121. Por supuesto que todos estamos llamados a crecer como evangelizadores. Queremos tener una mejor formación, profundizar en nuestro amor y testimoniar más claramente el Evangelio. En este sentido, todos tenemos que dejar que los demás nos evangelicen constantemente; pero eso significa que debemos, no aplazar la misión evangelizadora, sino encontrar el modo de comunicar a Jesús que corresponda a la situación en que nos hallemos. En cualquier caso, todos estamos llamados a ofrecer a los demás el testimonio explícito del amor salvífico del Señor, que, más allá de nuestras imperfecciones, nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza, y le da un sentido a nuestra vida. Nuestro corazón sabe que no es lo mismo la vida sin Él; entonces, eso que hemos descubierto, eso que nos ayuda a vivir y que nos da una esperanza, eso es lo que necesitamos comunicar a los demás. Nuestra imperfección no debe ser una excusa; al contrario, la misión es un estímulo constante para no quedarse en la mediocridad y para seguir creciendo. El testimonio de fe que todo cristiano está llamado a ofrecer implica decir, como

124. En el *Documento de Aparecida* se describen las riquezas que el Espíritu Santo despliega en la piedad popular con su iniciativa gratuita. En ese amado continente, donde gran cantidad de cristianos expresan su fe a través de la piedad popular, los obispos la llaman también «*espiritualidad popular*» o «*mística popular*»¹⁰³. Se trata de una verdadera «*espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos*»¹⁰⁴, que no está vacía de contenidos, sino que los descubre y expresa más por la vía simbólica que por el uso de la razón instrumental, y en el acto de fe acentúa más el *credere in Deum* que el *credere Deum*¹⁰⁵. Es «*una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia, y una forma de ser misioneros*»¹⁰⁶; conlleva la gracia de la misionariedad, del salir de sí y del peregrinar: «*Caminar juntos hacia los santuarios y participar en otras manifestaciones de la piedad popular, también llevando a los hijos o invitando a otros, es en sí mismo un gesto evangelizador*»¹⁰⁷. ¡No coartemos ni pretendamos controlar esa fuerza misionera!

125. Para entender esa realidad hace falta acercarse a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar, sino amar. Solo desde la connaturalidad afectiva que da el amor podemos apreciar la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres. Pienso en la fe firme de esas madres al pie del lecho del hijo enfermo que se aferran a un rosario aunque no sepan hilvanar las proposiciones del Credo, o en la gran carga de esperanza derramada en una vela que se enciende en un hogar humilde para pedir ayuda a María, o en esas miradas de amor entrañable al Cristo crucificado. Quien ama al santo Pueblo fiel de Dios no puede ver estas acciones solo como una búsqueda natural de la divinidad; son la manifestación de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo, que ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rm 5,5).

126. En la piedad popular, por ser fruto del Evangelio inculturado, subyace una fuerza activamente evangelizadora que no podemos menospreciar; sería desconocer la obra del Espíritu Santo. Más bien, estamos llamados a alentarla y fortalecerla para profundizar el proceso de inculturación, que es una realidad nunca acabada. Las expresiones de la piedad popular tienen mucho que enseñarnos y, para quien sabe leerlas, son un lugar teológico al que prestar atención, particularmente a la hora de pensar en la nueva evangelización.

debe hacernos pensar que, en aquellos países donde el cristianismo es minoría, las Iglesias particulares, además de alentar a cada bautizado a anunciar el Evangelio, deben fomentar activamente formas, al menos incipientes, de inculturación. Lo que debe procurarse, en definitiva, es que la predicación del Evangelio, expresada con formas propias de la cultura donde es anunciado, provoque una nueva síntesis con esa cultura. Aunque esos procesos son siempre lentos, a veces el miedo nos paraliza demasiado; si dejamos que las dudas y los temores sofoquen la audacia, es posible que, en lugar de ser creativos, simplemente nos quedemos en lo cómodo y no provoquemos avance alguno; y, en ese caso, no seremos partícipes de procesos históricos con nuestra cooperación, sino simplemente espectadores de un estancamiento infecundo de la Iglesia.

Carismas al servicio de la comunión evangelizadora

130. El Espíritu Santo enriquece a toda la Iglesia evangelizadora con distintos carismas. Son dones para renovar y edificar la Iglesia¹⁰⁸; no son un patrimonio cerrado, entregado a un grupo para que lo custodie, sino que son regalos del Espíritu integrados en el cuerpo eclesial, atraídos hacia el centro, que es Cristo, desde donde son encauzados en un impulso evangelizador. Un signo claro de la autenticidad de un carisma es su eclesialidad, su capacidad para integrarse armónicamente en la vida del santo Pueblo fiel de Dios, para el bien de todos. Una verdadera novedad suscitada por el Espíritu no necesita arrojar sombras sobre otras espiritualidades o dones para afirmarse a sí misma. En la medida en que un carisma dirija mejor su mirada al corazón del Evangelio, más eclesial será su ejercicio; aunque suponga un esfuerzo, es en la comunión donde un carisma se vuelve auténtica y misteriosamente fecundo. Si vive este desafío, la Iglesia puede ser un modelo para la paz en el mundo.

131. Las diferencias entre las personas y en las comunidades son a veces incómodas, pero el Espíritu Santo, que suscita esa diversidad, puede sacar de todo algo bueno y convertirlo en un dinamismo evangelizador que actúa por atracción. La diversidad tiene que estar siempre en armonía con la ayuda del Espíritu Santo; solo Él puede suscitar la diversidad, la pluralidad y la multiplicidad, y, al mismo tiempo, realizar la unidad. En cambio, cuando somos nosotros los que pretendemos la diversidad y nos encerramos en nuestros particularismos, en nuestros exclusivismos, provocamos la división; y, por

135. Consideremos ahora la predicación dentro de la liturgia, que requiere una profunda evaluación por parte de los pastores. Me detendré particularmente, y hasta con cierta meticulosidad, en la homilía y en su preparación, porque son muchas las peticiones relacionadas con este gran ministerio y no podemos hacer oídos sordos. La homilía es la piedra de toque para evaluar la cercanía y la capacidad de encuentro de un pastor con su pueblo. Sabemos que los fieles le dan mucha importancia, y tanto ellos como los mismos ministros ordenados sufren muchas veces, aquellos al escuchar y estos al predicar; es triste que así sea. La homilía puede ser realmente una intensa y feliz experiencia del Espíritu, un reconfortante encuentro con la Palabra, y una fuente constante de renovación y de crecimiento.

136. Renovemos nuestra confianza en la predicación, que se funda en la convicción de que es Dios quien quiere llegar a los demás a través del predicador, y de que Él despliega su poder a través de la palabra humana. San Pablo habla con fuerza sobre la necesidad de predicar, porque el Señor también ha querido llegar a los demás mediante nuestra palabra (cf. Rm 10,14-17). Con la palabra, nuestro Señor se ganó el corazón de la gente; venían a escucharlo de todas partes (cf. Mc 1,45), se quedaban maravillados ante sus enseñanzas (cf. Mc 6,2), y sentían que les hablaba como quien tiene autoridad (cf. Mc 1,27). Con la palabra, los Apóstoles, a los que instituyó «*para que estuvieran con Él, y para enviarlos a predicar*» (Mc 3,14), atrajeron al seno de la Iglesia a todos los pueblos (cf. Mc 16,15.20).

Contexto litúrgico

137. Cabe recordar ahora que «*la proclamación litúrgica de la Palabra de Dios, sobre todo en el contexto de la asamblea eucarística, no es tanto un momento de meditación y de catequesis, sino que es el diálogo de Dios con su pueblo, en el cual son proclamadas las maravillas de la salvación y recordados siempre de nuevo los compromisos de la alianza*»¹¹². Hay una valoración especial de la homilía que proviene de su contexto eucarístico, que supera a toda catequesis por ser el momento cumbre del diálogo entre Dios y su pueblo, antes de la comunión sacramental; la homilía es retomar ese diálogo que ya está entablado entre el Señor y su pueblo. El que predica debe conocer el corazón de su comunidad para buscar dónde está vivo y ardiente el deseo de Dios, y también dónde ese diálogo, que era amoroso, ha quedado interrumpido o no ha podido dar fruto.

así el corazón se dispone a escuchar mejor. Esa clave es una especie de armonía que transmite ánimo, aliento, fuerza, impulso.

140. Este ámbito maternoeclesial en el que se desarrolla el diálogo del Señor con su pueblo debe favorecerse y cultivarse mediante la cercanía cordial del predicador, la calidez de su tono de voz, la mansedumbre del estilo de sus frases y la alegría de sus gestos. Aun las veces en que la homilía resulte algo aburrida, si está presente este espíritu maternoeclesial, siempre será fecunda, igual que los aburridos consejos de una madre dan fruto con el tiempo en el corazón de sus hijos.

141. Son admirables los recursos que tenía el Señor para dialogar con su pueblo, para revelar su misterio a todos, y para cautivar a gente común con enseñanzas y exigencias elevadas. Creo que el secreto se esconde en esa mirada de Jesús hacia el pueblo, más allá de sus debilidades y caídas: «*No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros el Reino*» (Lc 12,32); Jesús predica con ese espíritu, y bendice, lleno de gozo en el Espíritu, al Padre que le atrae a los pequeños: «*Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, se las has revelado a los pequeños*» (Lc 10,21). El Señor se complace de verdad en dialogar con su pueblo, y al predicador le corresponde hacer sentir ese gusto del Señor a su gente.

Palabras que hacen arder los corazones

142. Un diálogo es mucho más que la comunicación de una verdad. Se realiza por el gusto de hablar y enriquece a los que expresan su amor por medio de las palabras; no es un bien material, sino las personas mismas, que se dan mutuamente en el diálogo. La predicación puramente moralista o adoctrinadora, y también la que se convierte en una clase de exégesis, reducen esta comunicación entre corazones que se da en la homilía y que tiene que tener un carácter cuasisacramental: «*La fe viene de la predicación, y la predicación, por la Palabra de Cristo*» (Rm 10,17). En la homilía, la verdad va de la mano de la belleza y del bien; no se trata de verdades abstractas o de fríos silogismos, porque se comunica también la belleza de las imágenes que el Señor utilizaba para estimular a la práctica del bien. La memoria del pueblo fiel, como la de María, debe quedar rebosante de las maravillas de Dios; su corazón, esperanzado en la práctica alegre y posible del amor que se le comunicó, siente que toda palabra en la Escritura es primero

de tareas que deben realizar; sin embargo, me atrevo a pedir que todas las semanas se dedique a esta tarea un tiempo personal y comunitario suficientemente largo, aunque deba dedicarse menos tiempo a otras tareas también importantes. La confianza en el Espíritu Santo, que actúa en la predicación, no es meramente pasiva, sino activa y creativa; implica ofrecerse como instrumento (cf. Rm 12,1), con todas las capacidades propias, para que puedan ser utilizadas por Dios. Un predicador que no se prepara no es "espiritual"; es deshonesto e irresponsable con los dones que ha recibido.

Culto a la verdad

146. El primer paso, después de invocar al Espíritu Santo, es prestar toda la atención al texto bíblico, que debe ser el fundamento de la predicación. Cuando uno se detiene a tratar de comprender cuál es el mensaje de un texto, ejercita el «culto a la verdad»¹¹³. La humildad del corazón reconoce que la Palabra siempre nos trasciende, que no somos «*ni los dueños, ni los árbitros, sino los depositarios, los heraldos, los servidores*»¹¹⁴; esa actitud de humilde y asombrada veneración de la Palabra se expresa deteniéndose a estudiarla con sumo cuidado y con un santo temor al manejarla. Para poder interpretar un texto bíblico hace falta paciencia, abandonar toda ansiedad y dedicarle tiempo e interés *gratuitos*; hay que dejar de lado cualquier preocupación que nos domine para entrar en un ambiente de serena atención. No vale la pena dedicarse a leer un texto bíblico si uno quiere obtener resultados rápidos, fáciles o inmediatos. Por eso, la preparación de la predicación requiere amor; uno solo le dedica un tiempo gratuito y sin prisas a las cosas o a las personas que ama, y aquí se trata de amar a Dios, que ha querido *hablar*. A partir de ese amor, uno puede detenerse todo el tiempo que sea necesario, con una actitud de discípulo: «*Habla, Señor; que tu siervo escucha*» (1S 3,9).

147. Ante todo, conviene estar seguros de comprender adecuadamente el significado de las *palabras* que leemos. Quiero insistir en algo que parece evidente, pero que no siempre es tenido en cuenta: el texto bíblico que estudiamos tiene dos o tres mil años; su lenguaje es muy distinto del que utilizamos ahora. Por más que creamos entender las palabras, que parezcan traducidas a nuestra lengua, eso no significa que podamos comprender correctamente cuanto quería expresar el escritor sagrado. Son conocidos los diversos recursos que ofrece el análisis literario: prestar atención a las palabras que se repiten o se

olvidar que, *«en particular, la mayor o menor santidad del ministro influye realmente en el anuncio de la Palabra»*¹¹⁶. Como dice san Pablo, *«predicamos buscando agradar no a los hombres, sino a Dios, que examina nuestros corazones»* (1Ts 2,4). Si está vivo ese deseo de escuchar primero nosotros la Palabra que tenemos que predicar, esta se transmitirá de una manera u otra al Pueblo fiel de Dios: *«de la abundancia del corazón habla la boca»* (Mt 12,34); las lecturas del domingo resonarán con todo su esplendor en el corazón del pueblo si primero resonaron así en el corazón del pastor.

150. Jesús se irritaba ante esos pretendidos maestros, muy exigentes con los demás, que enseñaban la Palabra de Dios pero no se dejaban iluminar por ella: *«Atan cargas pesadas y las ponen sobre los hombros de los demás, mientras ellos no quieren moverlas ni siquiera con el dedo»* (Mt 23,4). El Apóstol Santiago exhortaba: *«No os hagáis maestros muchos de vosotros, hermanos míos, sabiendo que tendremos un juicio más severo»* (St 3,1). Quien quiera predicar, primero debe estar dispuesto a dejarse conmover por la Palabra y a hacerla carne en su existencia concreta; así, la predicación consistirá en esa actividad tan intensa y fecunda que es *«comunicar a otros lo que uno ha contemplado»*¹¹⁷. Por todo esto, antes de preparar concretamente lo que uno va a decir en la predicación, primero tiene que aceptar ser herido por esa Palabra que herirá a los demás, porque es una Palabra viva y eficaz, que, como una espada, *«penetra hasta la división del alma y del espíritu, articulaciones y médulas, y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón»* (Hb 4,12). Esto tiene un valor pastoral. También en esta época, la gente prefiere escuchar a los testigos, *«tiene sed de autenticidad (...), exige a los evangelizadores que les hablen de un Dios a quien ellos conocen y tratan familiarmente, como si lo estuvieran viendo»*¹¹⁸.

151. No se nos pide que seamos inmaculados, pero sí que estemos siempre en crecimiento, que vivamos el deseo profundo de crecer en el camino del Evangelio, y que no bajemos los brazos. Lo indispensable es que el predicador tenga la seguridad de que Dios lo ama, de que Jesucristo lo ha salvado, de que su amor tiene siempre la última palabra; ante tanta belleza, muchas veces sentirá que su vida no le da gloria plenamente y deseará sinceramente responder mejor a un amor tan grande. Pero si no se detiene a escuchar esa Palabra con apertura sincera, si no deja que toque su propia vida, que le llame, que lo exhorte, que lo movilice, si no dedica un tiempo para orar con esa Palabra, entonces sí será un falso profeta, un estafador o un charlatán vacío. En todo caso desde el reconocimiento de

y otras veces pensamos que Dios nos exige una decisión demasiado grande, que no estamos todavía en condiciones de tomar. Esto lleva a muchas personas a perder el gozo en su encuentro con la Palabra, pero eso sería olvidar que nadie es más paciente que el Padre Dios, que nadie comprende y espera como Él; invita siempre a dar un paso más, pero no exige una respuesta plena si todavía no hemos recorrido el camino que la hace posible. Simplemente quiere que miremos con sinceridad nuestra propia existencia, que la presentemos sin mentiras ante sus ojos, que estemos dispuestos a seguir creciendo, y que le pidamos a Él lo que todavía no podemos lograr.

Un oído en el pueblo

154. El predicador necesita también poner un oído *en el pueblo*, para descubrir lo que los fieles necesitan escuchar. Un predicador es un contemplativo de la Palabra y también un contemplativo del pueblo; así, descubre «*las aspiraciones, las riquezas, los límites y las maneras de orar, de amar y de considerar la vida y el mundo que distinguen a tal o cual conjunto humano*», prestando atención «*al pueblo "concreto" con sus signos y símbolos, y respondiendo a las cuestiones que plantea*»¹²⁰. Se trata de conectar el mensaje del texto bíblico con una situación humana, con algo que ellos vivan, con una experiencia que necesite la luz de la Palabra. Esta preocupación no responde a una actitud oportunista o diplomática, sino que es profundamente religiosa y pastoral. En el fondo es una «*sensibilidad espiritual para leer en los acontecimientos el mensaje de Dios*»¹²¹, y eso es mucho más que encontrar algo interesante que decir; lo que se procura descubrir es «*"lo que el Señor desea decir" en una determinada circunstancia*»¹²². Entonces, la preparación de la predicación se convierte en un ejercicio de *discernimiento evangélico*, en el que se intenta reconocer, a la luz del Espíritu, «*la llamada que Dios hace oír en una situación histórica determinada; en ella y por medio de ella, Dios llama al creyente*»¹²³.

155. En esta búsqueda, es posible simplemente acudir a alguna experiencia humana frecuente, como la alegría de un reencuentro, la desilusión, el miedo a la soledad, la compasión por el dolor ajeno, la inseguridad ante el futuro, la preocupación por un ser querido, etc.; pero hace falta ampliar la sensibilidad para reconocer aquello que realmente tenga que ver con la vida de los fieles. Recordemos que nunca hay que *responder preguntas que nadie se hace*; tampoco conviene ofrecer crónicas de actualidad

A successful image can make people savour the message, awaken a desire and move the will towards the Gospel.

158. Ya decía Pablo VI que los fieles «*esperan mucho de la predicación, y sacan fruto de ella con tal de que sea sencilla, clara y directa, y esté bien adaptada*»¹²⁵. La sencillez tiene que ver con el lenguaje utilizado, que debe ser el lenguaje que comprenden los destinatarios, para no correr el riesgo de hablarle al vacío. Sucede frecuentemente que los predicadores usan palabras que aprendieron en sus estudios y en determinados ambientes, pero que no son parte del lenguaje común de las personas que los escuchan; hay palabras propias de la teología o de la catequesis cuyo sentido no es comprensible para la mayoría de los cristianos. El mayor riesgo para un predicador es acostumbrarse a su propio lenguaje y pensar que todos los demás lo usan y lo comprenden espontáneamente. Si uno quiere adaptarse al lenguaje de los demás para poder llegar a ellos con la Palabra, tiene que escuchar mucho, compartir la vida de la gente y prestarles una gustosa atención. La sencillez y la claridad son dos cosas diferentes: la prédica puede tener un lenguaje muy sencillo, y a la vez ser poco clara; se puede volver incomprensible por el desorden, por su falta de lógica, o porque trata varios temas al mismo tiempo. Por lo tanto, otra tarea necesaria es procurar que la predicación tenga unidad temática, un orden claro y una conexión entre las frases, de manera que los fieles puedan seguir fácilmente al predicador y captar la lógica de lo que les dice.

159. Otra característica es el lenguaje positivo: más que decir lo que no hay que hacer, proponer lo que podemos hacer mejor. En todo caso, si se indica algo negativo, intentar siempre mostrar también un valor positivo que atraiga, para no quedarse en la queja, el lamento, la crítica o el remordimiento. Además, una predicación positiva siempre da esperanza, orienta hacia el futuro y no nos deja encerrados en la negatividad. ¡Qué bueno es que sacerdotes, diáconos y laicos se reúnan periódicamente para encontrar juntos los recursos que hagan más atractiva la predicación!

IV. Una evangelización para la profundización del kerigma

160. El envío misionero del Señor incluye la llamada al crecimiento de la fe cuando indica: «*enseñándoles a observar todo lo que os he mandado*» (Mt 28.20): así, queda claro que el primer anuncio debe llevar

163. La educación y la catequesis están al servicio de este crecimiento. Ya contamos con varios textos magisteriales y subsidios sobre la catequesis ofrecidos por la Santa Sede y por diversos episcopados. Recuerdo la Exhortación Apostólica *Catechesi tradendae* (1979), el *Directorio General para la Catequesis* (1997) y otros documentos, cuyos contenidos no es necesario repetir aquí. Quisiera detenerme solo en algunas consideraciones que me parece conveniente destacar.

164. Hemos redescubierto que también en la catequesis tiene un rol fundamental el primer anuncio o kerigma, que debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial. El kerigma es trinitario: es el fuego del Espíritu, que se entrega en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre. En la boca del catequista siempre vuelve a resonar el primer anuncio: "Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte". Que a este anuncio se le llame "primero" no significa que esté al comienzo y después sea olvidado o reemplazado por otros contenidos que lo superen; es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio *principal*, ese que siempre hay que volver a escuchar de distintas maneras, y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra a lo largo de la catequesis, en todas sus etapas y momentos¹²⁶. Por eso, también «*el sacerdote, como la Iglesia, debe crecer en la conciencia de su permanente necesidad de ser evangelizado*»¹²⁷.

165. No hay que pensar que en la catequesis se abandona el kerigma en pos de una formación supuestamente más "sólida"; nada hay más sólido, más profundo, más seguro, más denso y más sabio que ese anuncio. Cualquier formación cristiana consiste ante todo en profundizar el kerigma, que se va haciendo carne más y mejor cada vez, que nunca deja de iluminar la tarea catequística, y que permite comprender adecuadamente el sentido de cualquier tema que se desarrolle en la catequesis; es el anuncio que responde al anhelo de infinito que hay en todo corazón humano. La centralidad del kerigma exige al anuncio ciertas características que son hoy necesarias en todas partes: que exprese el amor salvífico de Dios previo a la obligación moral y religiosa, que no imponga la verdad y apele a la libertad, que transmita alegría, estímulo y vitalidad, y que tenga una integralidad armoniosa que no reduzca la predicación a unas pocas doctrinas, a veces más filosóficas que evangélicas. Esto exige al evangeliza-

las diversas formas de belleza que se valoran en diferentes ámbitos culturales, e incluso otros modos no convencionales de belleza, que pueden ser poco significativos para los evangelizadores, pero que se han vuelto particularmente atractivos para otros.

168. En lo que se refiere a la propuesta moral de la catequesis, que invita a crecer en la fidelidad al estilo de vida del Evangelio, conviene manifestar siempre el bien deseable, la propuesta de vida, de madurez, de realización, de fecundidad, bajo cuya luz puede comprenderse nuestra denuncia de los males que pueden oscurecerla. Más que como expertos en diagnósticos apocalípticos u oscuros jueces que disfrutaban al detectar cualquier peligro o desviación, es bueno que puedan vernos como alegres mensajeros de propuestas superadoras, y custodios del bien y la belleza que resplandecen en una vida fiel al Evangelio.

Acompañamiento personal de los procesos de crecimiento

169. En una civilización paradójicamente herida de anonimato, y, a la vez, obsesionada por los detalles de la vida de los demás, impudorosamente enferma de curiosidad malsana, la Iglesia necesita una mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro cuantas veces sea necesario. En este mundo, los ministros ordenados y los demás agentes pastorales pueden hacer presente el aroma de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal. La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos —sacerdotes, religiosos y laicos— en este "arte del acompañamiento", para que todos aprendan a quitarse siempre las sandalias al llegar a la tierra sagrada del otro (cf. Ex 3,5); tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de la proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión, pero que, al mismo tiempo, sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana.

170. Aunque suene obvio, el acompañamiento espiritual debe acercar cada vez más a Dios, en quien podemos alcanzar la verdadera libertad. Algunos se creen libres cuando caminan al margen de Dios, sin advertir que se quedan existencialmente huérfanos, desamparados, sin un hogar al que poder retornar siempre; dejan de ser peregrinos y se convierten en errantes que giran siempre en torno a sí mismos, sin llegar a ninguna parte. El acompañamiento sería contraproducente si se convirtiera en una especie de terapia que fomentara ese encierro de las personas en su inmanencia y dejara de ser una peregrinación

nuestra vida ante quien nos acompaña, nos enseña a ser pacientes y compasivos con los demás, y nos capacita para encontrar maneras de despertar su confianza, su apertura y su disposición para crecer.

173. El auténtico acompañamiento espiritual siempre se inicia y se lleva adelante en el ámbito del servicio a la misión evangelizadora. La relación de Pablo con Timoteo y Tito es un ejemplo de este acompañamiento y formación en medio de la acción apostólica: al mismo tiempo que les confía la misión de quedarse en cada ciudad para «*terminar de organizarlo todo*» (Tt 1,5; cf. 1Tm 1,3-5), les da criterios para su vida personal y para su acción pastoral. Esto se distingue claramente de cualquier tipo de acompañamiento intimista o de autorrealización aislada; los discípulos misioneros acompañan a los discípulos misioneros.

En torno a la Palabra de Dios

174. No solo la homilía debe alimentarse de la Palabra de Dios; toda la evangelización está fundada sobre ella, escuchada, meditada, vivida, celebrada y testimoniada. Las Sagradas Escrituras son fuente de la evangelización; por lo tanto, hace falta formarse continuamente en la escucha de la Palabra. La Iglesia no evangeliza si no se deja evangelizar continuamente. Es indispensable que la Palabra de Dios «*sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial*»¹³⁵. La Palabra de Dios escuchada y celebrada, sobre todo en la Eucaristía, alimenta y refuerza interiormente a los cristianos y los hace capaces de un auténtico testimonio evangélico en su vida cotidiana. Ya hemos superado aquella vieja contraposición entre Palabra y sacramento: la Palabra proclamada, viva y eficaz, predispone a la recepción del sacramento; y en el sacramento, esa Palabra alcanza su máxima eficacia.

175. El estudio de las Sagradas Escrituras debe ser una puerta abierta a todos los creyentes¹³⁶. Es fundamental que la Palabra revelada fecunde radicalmente la catequesis y todos los esfuerzos por transmitir la fe¹³⁷. La evangelización requiere familiaridad con la Palabra de Dios, y eso exige a las diócesis, a las parroquias y a todas las agrupaciones católicas proponer un estudio serio y perseverante de la Biblia, así como promover su lectura orante personal y comunitaria¹³⁸. Nosotros no buscamos a tientas ni necesitamos esperar a que Dios nos dirija la palabra, porque realmente «*Dios ha hablado; ya no es el gran desconocido. sino que se ha mostrado*»¹³⁹. Acojamos el sublime tesoro de la Palabra revelada.

procura cooperar también con esa acción liberadora del Espíritu. El misterio mismo de la Trinidad nos recuerda que fuimos hechos a imagen de esa comunión divina, por lo cual no podemos realizarnos ni salvarnos solos. Desde el corazón del Evangelio, reconocemos la íntima conexión que existe entre la evangelización y la promoción humana, que necesariamente debe expresarse y desarrollarse en toda acción evangelizadora. La aceptación del primer anuncio, que invita a dejarse amar por Dios y a amarlo con el amor que Él mismo nos comunica, provoca en la vida y en las acciones de la persona una primera y fundamental reacción: desear, buscar y cuidar el bien de los demás.

179. Esta inseparable conexión entre la recepción del anuncio salvífico y el amor fraterno efectivo está expresada en algunos textos de las Escrituras, que conviene considerar y meditar detenidamente para extraer de ellos todas sus consecuencias. Es un mensaje al cual nos hemos acostumbrado y que repetimos casi mecánicamente, pero no nos aseguramos de que tenga una incidencia real en nuestras vidas y en nuestras comunidades. ¡Qué peligrosa y qué dañina es esta rutina, que nos lleva a perder el asombro, la cautivación y el entusiasmo por vivir el Evangelio de la fraternidad y de la justicia! La Palabra de Dios enseña que en el hermano está la prolongación permanente de la Encarnación para cada uno de nosotros: *«Lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis»* (Mt 25,40). Lo que hagamos con los demás tiene una dimensión trascendente: *«Con la medida con que midáis, se os medirá»* (Mt 7,2), y responde a la misericordia divina para con nosotros: *«Sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo. No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará (...). Con la medida con que midáis, se os medirá»* (Lc 6,36-38). Lo que expresan estos textos es la prioridad absoluta de la *«salida de sí hacia el hermano»* como uno de los dos mandamientos principales que fundan toda norma moral, y como el signo más claro para discernir sobre el camino de crecimiento espiritual, en respuesta a la entrega absolutamente gratuita de Dios. Por eso mismo, *«el servicio de la caridad es también una dimensión constitutiva de la misión de la Iglesia, y expresión irrenunciable de su propia esencia»*¹⁴⁴. La Iglesia es misionera por naturaleza, y de esa naturaleza también brota ineludiblemente la caridad efectiva con el prójimo, la compasión que comprende, asiste y promueve.

Reino que nos reclama

182. Las enseñanzas de la Iglesia sobre situaciones hipotéticas están sujetas a mayores o nuevos desarrollos y pueden ser objeto de discusión, pero no podemos evitar ser concretos —sin pretender entrar en detalles— para que los grandes principios sociales no se queden en meras generalidades que no interpelen a nadie; hace falta sacar consecuencias prácticas de ellos para que *«puedan incidir eficazmente también en las complejas situaciones actuales»*¹⁴⁸. Los pastores, acogiendo las aportaciones de las distintas ciencias, tienen derecho a emitir opiniones sobre todo aquello que afecte a la vida de las personas, ya que la tarea evangelizadora implica y exige una promoción integral de cada ser humano. Ya no se puede decir que la religión debe recluirse en el ámbito privado y que está solo para preparar las almas para el cielo. Sabemos que Dios quiere la felicidad de sus hijos también en esta tierra, aunque estén llamados a la plenitud eterna, porque Él creó todas las cosas *«para que las disfrutemos»* (1Tm 6,17), para que *todos* puedan disfrutarlas; de ahí que la conversión cristiana exija revisar *«especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común»*¹⁴⁹.

183. Por consiguiente, nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social o nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, y sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos. ¿Quién pretendería encerrar en un templo y acallar el mensaje de san Francisco de Asís y de la beata Teresa de Calcuta? Ellos no podrían aceptarlo. Una auténtica fe —que nunca es cómoda o individualista— implica siempre un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades; la tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos. Si bien *«el orden justo de la sociedad y del Estado es principalmente tarea de la política»*, la Iglesia *«no puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia»*¹⁵⁰. Todos los cristianos, también los pastores, están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor. De eso se trata, porque el pensamiento social de la Iglesia es ante todo positivo y propositivo; orienta una acción transformadora, y en ese sentido no deja de ser un signo de esperanza que brota del corazón amante de Jesucristo. Al mismo tiempo, une *«su propio compromiso al que ya tienen las demás Iglesias y Comunidades eclesiales en el campo social, tanto*

sus necesidades: «*Entonces los israelitas clamaron al Señor, y Él les suscitó un libertador*» (Jc 3,15). Hacer oídos sordos a ese clamor, cuando somos los instrumentos de Dios para escuchar al pobre, nos sitúa fuera de la voluntad del Padre y de su proyecto, porque ese pobre «*clamaría al Señor contra ti, y tú cargarías con un pecado*» (Dt 15,9). Y la falta de solidaridad ante sus necesidades afecta directamente a nuestra relación con Dios: «*Si te maldice lleno de amargura, su Creador escuchará su imprecación*» (Si 4,6). Vuelve siempre la vieja pregunta: «*Si alguno que posee bienes del mundo ve que su hermano está necesitado y le cierra sus entrañas, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?*» (1Jn 3,17). Recordemos también con cuánta contundencia el Apóstol Santiago retomaba la figura del clamor de los oprimidos: «*El salario de los obreros que segaron vuestros campos, y que no habéis pagado, está gritando. Y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos*» (St 5,4).

188. La Iglesia ha reconocido que la exigencia de escuchar ese clamor brota de la misma obra liberadora de la gracia en cada uno de nosotros, por lo que no se trata de una misión reservada solo a algunos: «*La Iglesia, guiada por el Evangelio de la misericordia y por el amor al hombre, "escucha el clamor por la justicia" y quiere responder a él con todas sus fuerzas*»¹⁵³. En este marco se comprende la petición de Jesús a sus discípulos: «*¡Dadles vosotros de comer!*» (Mc 6,37), lo cual implica tanto la cooperación para resolver las causas estructurales de la pobreza y para promover el desarrollo integral de los pobres, como los gestos más simples y cotidianos de solidaridad ante las miserias muy concretas que encontramos. La palabra "solidaridad" está un poco desgastada y a veces se la interpreta mal, pero significa mucho más que algunos actos esporádicos de generosidad; supone crear una nueva mentalidad que piense en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos.

189. La solidaridad es una reacción espontánea de quien reconoce la función social de la propiedad y el destino universal de los bienes como realidades anteriores a la propiedad privada. La posesión privada de los bienes se justifica para cuidarlos y acrecentarlos de manera que sirvan mejor al bien común, por lo que la solidaridad debe vivirse como la decisión de devolverle al pobre lo que le corresponde. Estas convicciones y hábitos de solidaridad, cuando se llevan a la práctica, abren camino a otras transformaciones estructurales y las vuelven posibles. Un cambio en las estructuras sin generar nuevas convicciones

participativo y solidario, el ser humano expresa y acrecienta la dignidad de su vida. Un salario justo permite el acceso adecuado a los demás bienes destinados al uso común.

Fidelidad al Evangelio para no correr en vano

193. El imperativo de escuchar el clamor de los pobres se hace carne en nosotros cuando se nos estremecen las entrañas ante el dolor ajeno. Releamos algunas enseñanzas de la Palabra de Dios sobre la misericordia, para que resuenen con fuerza en la vida de la Iglesia. El Evangelio proclama: «*Bienaventurados los misericordiosos, porque obtendrán misericordia*» (Mt 5,7). El Apóstol Santiago enseña que la misericordia con los demás nos permite salir triunfantes en el juicio divino: «*Hablad y obrad como corresponde a quienes serán juzgados por una ley de libertad. Porque tendrá un juicio sin misericordia el que no tuvo misericordia, pero la misericordia triunfa en el juicio*» (St 2,12-13). En este texto, Santiago se muestra como heredero de lo más rico de la espiritualidad judía del postexilio, que atribuía a la misericordia un valor salvífico especial: «*Rompe tus pecados con obras de justicia, y tus iniquidades con misericordia para con los pobres, para que tu ventura sea larga*» (Dn 4,24). En esta misma línea, la literatura sapiencial habla de la limosna como ejercicio concreto de la misericordia con los necesitados: «*La limosna libra de la muerte y purifica de todo pecado*» (Tb 12,9). Más gráficamente aún lo expresa el Eclesiástico: «*Como el agua apaga el fuego llameante, la limosna perdona los pecados*» (Si 3,30), y la misma síntesis aparece recogida en el Nuevo Testamento: «*Tened ardiente caridad unos con otros, porque la caridad cubrirá la multitud de los pecados*» (1P 4,8). Esta verdad penetró profundamente la mentalidad de los Padres de la Iglesia y ejerció una resistencia profética contracultural ante el individualismo hedonista pagano. Recordemos solo un ejemplo: «*Así como, ante el peligro del incendio, correríamos a buscar agua para apagarlo (...), del mismo modo, si de nuestra paja surge la llama del pecado, y por eso nos turbáramos, una vez que se nos ofrezca la ocasión de una obra llena de misericordia, alegrémonos de ella como si fuera una fuente que se nos ofrezca para poder sofocar el incendio*»¹⁶⁰.

194. Es un mensaje tan claro, tan directo, tan simple y tan elocuente, que ninguna hermenéutica eclesial tiene derecho a relativizarlo. La reflexión de la Iglesia sobre estos textos no debería oscurecer o debilitar su sentido exhortativo, sino más bien ayudar a asumirlos con valentía y fervor. ¿Para qué com-

pobres; fue presentado en el Templo junto con dos pichones, la ofrenda de quienes no podían permitirse pagar un cordero (cf. Lc 2,24; Lv 5,7); creció en un hogar de sencillos trabajadores; y trabajó con sus manos para ganarse el pan. Cuando comenzó a anunciar el Reino, lo seguían multitudes de desposeídos, y así se manifestó lo que Él mismo dijo: «*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque Él me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres*» (Lc 4,18). A los que estaban afligidos por el dolor o agobiados por la pobreza, les aseguró que Dios los tenía en el centro de su corazón: «*iBienaventurados vosotros, los pobres, porque el Reino de Dios os pertenece!*» (Lc 6,20), se identificó con ellos: «*Tuve hambre y me disteis de comer*», y enseñó que la misericordia hacia ellos es la llave del cielo (cf. Mt 25,35 ss.).

198. Para la Iglesia, la opción por los pobres tiene una base teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga «*su primera misericordia*»¹⁶³, y esa preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener «*los mismos sentimientos que Jesucristo*» (Flp 2,5). Inspirada en ella, la Iglesia asumió la *opción por los pobres*, entendida como una «*forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia*»¹⁶⁴. Esta opción —enseñaba Benedicto XVI— «*está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza*»¹⁶⁵. Por eso, quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos; además de participar del *sensus fidei*, conocen en sus dolores al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos; la nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos y a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a acoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos.

199. Nuestro compromiso no consiste exclusivamente en acciones o en programas de promoción y asistencia; lo que el Espíritu moviliza no es un derroche activista, sino ante todo una *atención* hacia el otro «*considerándolo como uno consigo*»¹⁶⁶. Esta atención amante es el inicio de una verdadera preocupación por su persona, a partir de la cual deseamos buscar su bien de forma efectiva; esto implica valorar al pobre en su bondad particular, con su forma de ser, con su cultura y con su modo de vivir la fe. El verdadero amor siempre es contemplativo: nos permite servir al otro, no por necesidad o por vanidad,

Economía y distribución de los ingresos

202. La necesidad de resolver las causas estructurales de la pobreza no puede esperar, no solo por la exigencia pragmática de implantar un orden social adecuado, sino también para sanar a la sociedad de una enfermedad que la vuelve frágil e indigna y que solo podrá llevarla a nuevas crisis. Los planes asistenciales que atienden ciertas urgencias solo deberían ser considerados como respuestas pasajeras. Mientras no se resuelvan de raíz los problemas de los pobres, renunciando a la autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera y atacando las causas estructurales de la desigualdad¹⁷³, no se resolverán los problemas del mundo ni, en definitiva, ningún problema. La desigualdad es la raíz de los males sociales.

203. La dignidad de cada persona y el bien común son cuestiones que deberían estructurar toda política económica, pero a veces parecen solo apéndices agregados desde fuera para completar un discurso político sin perspectivas ni programas de verdadero desarrollo integral. ¡Cuántas palabras se han vuelto molestas! Molesta que se hable de ética, molesta que se hable de solidaridad mundial, molesta que se hable de distribución de los bienes, molesta que se hable de preservar los puestos de trabajo, molesta que se hable de la dignidad de los débiles, molesta que se hable de un Dios que exige un compromiso por la justicia. Otras veces sucede que estas palabras se vuelven objeto de una manipulación oportunista que las desvirtúa. La cómoda indiferencia ante estas cuestiones vacía nuestra vida y nuestras palabras de todo significado. Ser empresario es una noble vocación, siempre que quien la tenga se deje interpelar por un sentido más amplio de la vida; eso le permitirá servir verdaderamente al bien común con su esfuerzo por multiplicar y volver más accesibles los bienes de este mundo para todos.

204. Ya no podemos confiar en las fuerzas ciegas y en la mano invisible del mercado. El crecimiento en igualdad exige algo más que el crecimiento económico, aunque lo supone; requiere decisiones, programas, mecanismos y procesos específicamente orientados a una mejor distribución de los ingresos, a la creación de puestos de trabajo y a una promoción integral de los pobres que supere el mero asistencialismo. Estoy lejos de proponer un populismo irresponsable, pero la economía ya no debe recurrir a remedios que son un nuevo veneno, como cuando se pretende aumentar la rentabilidad reduciendo el

que termine sumida en la mundanidad espiritual, disimulada con ritos, con reuniones infecundas o con discursos vacíos.

208. Si alguien se siente ofendido por mis palabras, le digo que las expreso con afecto y con la mejor de las intenciones, lejos de cualquier interés personal o ideología política. Mis palabras no son las de un enemigo ni las de un rival; solo me interesa procurar que aquellos que están esclavizados por una mentalidad individualista, indiferente y egoísta, puedan liberarse de esas cadenas indignas y tengan un estilo de vida y de pensamiento más humano, más noble y más fecundo, que dignifique su paso por esta tierra.

Cuidar la fragilidad

209. Jesús, el evangelizador por excelencia y el Evangelio en persona, se identifica especialmente con los más pequeños (cf. Mt 25,40). Eso nos recuerda que todos los cristianos estamos llamados a cuidar a los más frágiles de la tierra. Pero en el vigente modelo "exitista" y "privatista" no parece tener sentido invertir para que los lentos, los débiles o los menos dotados puedan abrirse camino en la vida.

210. Es indispensable prestar atención para estar cerca de nuevas formas de pobreza y de fragilidad en las que estamos llamados a reconocer a Cristo sufriente, aunque aparentemente eso no nos aporte beneficios tangibles ni inmediatos: los sin techo, los toxicodependientes, los refugiados, los pueblos indígenas, los ancianos cada vez más solos y abandonados, etc. Los migrantes me plantean un desafío particular, por ser Pastor de una Iglesia sin fronteras que se siente madre de todos; por ello, exhorto a los países a una apertura generosa, que en lugar de temer la destrucción de la identidad local sea capaz de crear nuevas síntesis culturales. ¡Qué hermosas son las ciudades que superan la desconfianza enfermiza e integran a los diferentes, y que hacen de esa integración un nuevo factor de desarrollo! ¡Qué bonitas son las ciudades que, ya en su diseño arquitectónico, están llenas de espacios que conectan, relacionan y favorecen el reconocimiento del otro!

211. Siempre me ha angustiado la situación de los que son objeto de las diversas formas de trata de personas. Quisiera que se escuchara el grito de Dios preguntándonos a todos: «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4,9). ¿Dónde está tu hermano esclavo? ¿Dónde está ese que está matando cada día en el taller

vida humana, pero si además lo miramos desde la fe, «*toda violación de la dignidad personal del ser humano clama venganza ante Dios y se convierte en una ofensa al Creador del hombre*»¹⁷⁶.

214. Precisamente porque es una cuestión que atañe a la coherencia interna de nuestro mensaje sobre el valor de la persona, no debe esperarse que la Iglesia cambie su postura sobre esta cuestión; quiero ser completamente honesto al respecto. Este no es un asunto sujeto a supuestas reformas o "modernizaciones"; no es progresista pretender resolver los problemas eliminando una vida humana. Pero también es verdad que hemos hecho poco para acompañar adecuadamente a las mujeres que se encuentran en situaciones muy duras, en las que el aborto se les presenta como una solución rápida a sus profundas angustias, particularmente cuando la vida que crece en ellas ha surgido como producto de una violación o en un contexto de extrema pobreza. ¿Quién puede dejar de comprender esas situaciones de tanto dolor?

215. Hay otros seres frágiles e indefensos, que muchas veces quedan a merced de los intereses económicos o de un uso indiscriminado; me refiero al conjunto de la creación. Los seres humanos no somos meros beneficiarios, sino custodios de las demás criaturas. Por nuestra realidad corpórea, Dios nos ha unido tan estrechamente al mundo que nos rodea, que la desertificación del suelo es como una enfermedad para cada persona, y podemos lamentar la extinción de una especie como si fuera una mutilación. No dejemos que a nuestro paso queden signos de destrucción y de muerte que afecten nuestra vida y la de las futuras generaciones¹⁷⁷. En este sentido, hago propio el bello y profético lamento que expresaron hace varios años los obispos de Filipinas: «*Una increíble variedad de insectos vivían en el bosque y estaban ocupados en todo tipo de tareas (...). Los pájaros volaban por el aire, y sus plumas brillantes y sus diferentes cantos añadían color y melodía al verde de los bosques (...). Dios quiso esta tierra para nosotros, sus criaturas especiales, pero no para que pudiéramos destruirla y convertirla en un páramo (...). Después de una sola noche de lluvia, mira hacia los ríos marrones chocolate de tu localidad, y recuerda que se llevan la sangre viva de la tierra hacia el mar (...). ¿Cómo van a poder nadar los peces en alcantarillas como el río Pasig y tantos otros ríos que hemos contaminado? ¿Quién ha convertido el maravilloso mundo marino en cementerios subacuáticos despojados de vida y de color?*»¹⁷⁸.

221. Para avanzar en esta construcción de un pueblo en paz, justicia y fraternidad, hay cuatro principios relacionados con tensiones bipolares propias de toda realidad social; brotan de los grandes postulados de la Doctrina Social de la Iglesia, los cuales constituyen «*el primer y fundamental parámetro de referencia para la interpretación y la valoración de los fenómenos sociales*»¹⁸¹. Bajo su luz, quiero proponer ahora estos cuatro principios, que orientan específicamente el desarrollo de la convivencia social y la construcción de un pueblo donde las diferencias se armonicen en un proyecto común. Lo hago con la convicción de que su aplicación puede ser un camino genuino hacia la paz dentro de cada nación y en el mundo entero.

El tiempo es superior al espacio

222. Hay una tensión bipolar entre la plenitud y el límite; la plenitud provoca la voluntad de poseerlo todo, y el límite es la pared que se nos pone delante. El "tiempo", ampliamente considerado, hace referencia a la plenitud como expresión del horizonte que se nos abre, y el "momento" es expresión del límite que se vive en un espacio acotado. Los ciudadanos viven en tensión entre la coyuntura del momento y la luz del tiempo, del horizonte mayor, de la utopía que nos abre al futuro como causa final que nos atrae. De ahí surge un primer principio para avanzar en la construcción de un pueblo: el tiempo es superior al espacio.

223. Este principio permite trabajar a largo plazo, sin obsesionarse por los resultados inmediatos; ayuda a soportar con paciencia las situaciones difíciles y adversas, o los cambios de planes que impone el dinamismo de la realidad, y es una invitación a asumir la tensión entre plenitud y límite, otorgando prioridad al tiempo. Uno de los pecados que a veces se advierten en la actividad sociopolítica consiste en privilegiar los espacios de poder en lugar de los tiempos de los procesos. Darle prioridad al espacio lleva a actuar precipitadamente para tener todo resuelto en el presente, para intentar tomar posesión de todos los espacios de poder y autoafirmación; es cristalizar los procesos y pretender detenerlos. Darle prioridad al tiempo es ocuparse de *iniciar procesos más que de poseer espacios*; el tiempo rige los espacios, los ilumina y los transforma en eslabones de una cadena en constante crecimiento, sin caminos de retorno. Se trata de privilegiar las acciones que generan dinanismos nuevos en la sociedad

flicto: aceptar sufrirlo, resolverlo y transformarlo en un eslabón de un nuevo proceso. «*iBienaventurados los que trabajan por la paz!*» (Mt 5,9).

228. De este modo, se hace posible desarrollar una comunión en las diferencias, que solo pueden facilitar esas grandes personas que se animan a ir más allá de la superficie conflictiva y miran la dignidad más profunda de los demás. Por eso, hace falta postular un principio que es indispensable para construir la amistad social: la unidad es superior al conflicto. La solidaridad, entendida en su sentido más hondo y desafiante, se convierte así en un modo de hacer historia, en un ámbito vivo donde los conflictos, las tensiones y las divergencias pueden alcanzar una unidad pluriforme que engendra nueva vida. No es apostar por un sincretismo ni por la absorción de uno en el otro, sino por la resolución en un plano superior que preserva lo valioso y útil de ambos lados.

229. Este criterio evangélico nos recuerda que Cristo ha unificado todo en sí: cielo y tierra, Dios y hombre, tiempo y eternidad, carne y espíritu, persona y sociedad. La señal de esta unidad y reconciliación de todo en sí es la paz. Cristo «*es nuestra paz*» (Ef 2,14); el anuncio evangélico comienza siempre con un saludo de paz, y la paz preside y cohesiona en todo momento las relaciones entre los discípulos. La paz es posible porque el Señor ha vencido al mundo y a su conflictividad permanente «*haciendo la paz mediante la sangre de su cruz*» (Col 1,20). Pero si profundizamos en estos textos bíblicos, tenemos que llegar a descubrir que el primer ámbito en el que estamos llamados a lograr esa pacificación en las diferencias es nuestra interioridad, nuestra propia vida, siempre amenazada por la indefinición y el fracaso¹⁸³. Con corazones rotos en miles de fragmentos, será difícil construir una auténtica paz social.

230. La paz anunciada no es una paz negociada, sino la convicción de que la unidad del Espíritu armoniza todas las diversidades; supera cualquier conflicto en una nueva y prometedora síntesis. La diversidad es bella cuando acepta entrar constantemente en un proceso de reconciliación, hasta sellar una especie de pacto cultural que haga emerger una "diversidad reconciliada", como bien enseñaron los obispos del Congo: «*La diversidad de nuestras etnias es una riqueza (...). Solo con la unidad, con la conversión de los corazones y con la reconciliación podremos hacer avanzar nuestro país*»¹⁸⁴.

La realidad es más importante que la idea

permanecer en la pura idea y degenerar en intimismos y gnosticismos que no dan fruto, que esterilizan su dinamismo.

El todo es superior a la parte

234. Entre la globalización y la localización también se produce una tensión. Hace falta prestar atención a lo global para no caer en la mezquindad cotidiana; al mismo tiempo, conviene no perder de vista lo local, que nos hace caminar con los pies en la tierra. Las dos cosas unidas impiden caer en cualquiera de estos dos extremos: uno, que los ciudadanos vivan en un universalismo abstracto y globalizante, pasajeros miméticos del furgón de cola, admirando los fuegos artificiales del mundo, que es de otros, con la boca abierta y aplausos programados; y el otro, que se conviertan en un museo folclórico de ermitaños localistas, condenados a repetir siempre lo mismo, e incapaces de dejarse interpelar por el diferente y de valorar la belleza que Dios derrama fuera de sus límites.

235. El todo es más que cualquier parte, y también es más que la mera suma de ellas; por eso, no hay que obsesionarse demasiado por cuestiones limitadas y particulares. Hay que ampliar siempre la mirada para reconocer un bien mayor que nos beneficiará a todos, pero hay que hacerlo sin evadirse, sin desarraigados; es necesario hundir las raíces en la tierra fértil y en la historia del lugar propio, que es un don de Dios. Se trabaja en lo pequeño, en lo cercano, pero con una perspectiva más amplia. Del mismo modo, una persona que conserva su peculiaridad personal y no esconde su identidad, cuando se integra cordialmente en una comunidad, no se anula, sino que recibe siempre nuevos estímulos para su propio desarrollo; no es ni la esfera global que anula, ni la parcialidad aislada que esteriliza.

236. El modelo no es la esfera, que no es superior a las partes, en la que cada punto es equidistante del centro y no hay diferencias entre unos y otros; el modelo es el poliedro, que refleja la confluencia de todas las parcialidades que conservan su originalidad en él. Tanto la acción pastoral como la acción política procuran recoger en ese poliedro lo mejor de cada uno; allí entran los pobres, con su cultura, sus proyectos y sus propias potencialidades, y aun las personas que puedan ser cuestionadas por sus errores tienen algo que aportar, que no debe perderse. Es la conjunción de los pueblos que, en el orden universal, conservan su propia peculiaridad; es la totalidad de las personas en una sociedad que busca

acuerdos, pero sin separarla de la preocupación por una sociedad justa, con memoria y sin exclusiones. El autor principal, el sujeto histórico de este proceso, es la gente y su cultura, no una clase, una fracción, un grupo ni una élite. No necesitamos un proyecto de unos pocos para unos pocos, o una minoría ilustrada o testimonial que se apropie de un sentimiento colectivo; se trata de un acuerdo para vivir juntos, de un pacto social y cultural.

240. Al Estado le compete el cuidado y la promoción del bien común de la sociedad¹⁸⁸; sobre la base de los principios de subsidiariedad y solidaridad, y con un gran esfuerzo de diálogo político y creación de consensos, desempeña un papel fundamental e indelegable en la búsqueda del desarrollo integral de todos. Ese papel, en las circunstancias actuales, exige una profunda humildad social.

241. En el diálogo con el Estado y con la sociedad, la Iglesia no tiene soluciones para todas las cuestiones particulares, pero, junto con las diversas fuerzas sociales, apoya las propuestas que mejor respondan a la dignidad de la persona y al bien común, y, al hacerlo, propone siempre con claridad los valores fundamentales de la existencia humana, para transmitir convicciones que luego puedan traducirse en acciones políticas.

Diálogo entre la fe, la razón y la ciencia

242. El diálogo entre ciencia y fe también es parte de la acción evangelizadora que pacifica¹⁸⁹. El cientificismo y el positivismo rehúsan «admitir como válidas las formas de conocimiento distintas de las propias de las ciencias positivas»¹⁹⁰. La Iglesia propone otro camino, que exige una síntesis entre un uso responsable de las metodologías propias de las ciencias empíricas, y otros saberes como la filosofía, la teología y la misma fe, que eleva al ser humano hasta el misterio que trasciende la naturaleza y la inteligencia humana. La fe no le tiene miedo a la razón; al contrario, la busca y confía en ella, porque «tanto la luz de la razón como la de la fe provienen de Dios»¹⁹¹, y no pueden contradecirse entre sí. La evangelización está atenta a los avances científicos para iluminarlos con la luz de la fe y de la ley natural, a fin de procurar que respeten siempre la centralidad y el valor supremo de la persona en todas las fases de su existencia. Toda la sociedad puede verse enriquecida por este diálogo, que abre nuevos horizontes al pensamiento y amplía las posibilidades de la razón. También este es un camino de armonía y de

246. Dada la gravedad del antitestimonio de la división entre cristianos, particularmente en Asia y en África, la búsqueda de caminos de unidad se vuelve urgente. Los misioneros en esos continentes mencionan reiteradamente las críticas, quejas y burlas que reciben debido al escándalo de los cristianos divididos. Si nos concentramos en las convicciones que nos unen y recordamos el principio de la jerarquía de verdades, podremos caminar decididamente hacia expresiones comunes de anuncio, de servicio y de testimonio. La inmensa multitud que no ha acogido el anuncio de Jesucristo no puede dejarnos indiferentes; por lo tanto, el esfuerzo por una unidad que facilite la acogida de Jesucristo deja de ser mera diplomacia o cumplimiento forzado, para convertirse en un camino ineludible de la evangelización. Los signos de división entre los cristianos en países que ya están destrozados por la violencia añaden más motivos de conflicto por parte de quienes deberíamos ser un fermento activo de paz. ¡Son tantas y tan valiosas las cosas que nos unen! Y si realmente creemos en la libre y generosa acción del Espíritu, ¡cuántas cosas podemos aprender unos de otros! No se trata solo de recibir información sobre los demás para conocerlos mejor, sino además de recoger lo que el Espíritu ha sembrado en ellos como un don también para nosotros. Por poner solo un ejemplo, en el diálogo con los hermanos ortodoxos, los católicos tenemos la posibilidad de aprender algo más sobre el sentido de la colegialidad episcopal y sobre su experiencia de la sinodalidad. A través del intercambio de dones, el Espíritu puede llevarnos cada vez más a la verdad y al bien.

Relaciones con el judaísmo

247. Hay que dirigir una mirada muy especial al pueblo judío, cuya Alianza con Dios jamás ha sido revocada, porque «*los dones y la llamada de Dios son irrevocables*» (Rm 11,29). La Iglesia, que comparte con el Judaísmo una parte importante de las Sagradas Escrituras, considera al pueblo de la Alianza y a su fe como una raíz sagrada de la propia identidad cristiana (cf. Rm 11,16-18). Los cristianos no podemos considerar al Judaísmo como una religión ajena, ni incluimos a los judíos entre aquellos llamados a dejar las idolatrías para convertirse al verdadero Dios (cf. 1Ts 1,9). Creemos, junto con ellos, en el único Dios que actúa en la historia, y acogemos con ellos la Palabra revelada común.

248. El diálogo y la amistad con los hijos de Israel son parte de la vida de los discípulos de Jesús. El

Un sincretismo conciliador sería en el fondo un totalitarismo de quienes pretenden conciliar prescindiendo de valores que los trascienden y de los cuales no son dueños. La verdadera apertura implica mantenerse firme en las convicciones propias más hondas, con una identidad clara y gozosa, pero «abierto a comprender las del otro» y «sabiendo que el diálogo puede enriquecer realmente a cada uno»¹⁹⁶. No nos sirve una apertura diplomática que diga que sí a todo para evitar problemas, porque sería un modo de engañar al otro y de negarle el bien que hemos recibido como un don para compartir generosamente. La evangelización y el diálogo interreligioso, lejos de contraponerse, se sostienen y se alimentan mutuamente¹⁹⁷.

252. En esta época, adquiere gran importancia la relación con los creyentes del Islam, hoy particularmente presentes en muchos países de tradición cristiana, donde pueden celebrar libremente su culto y vivir integrados en la sociedad. Nunca hay que olvidar que ellos, «*confesando adherirse a la fe de Abraham, adoran con nosotros a un Dios único, misericordioso, que juzgará a los hombres en el día final*»¹⁹⁸. Los escritos sagrados del Islam conservan parte de las enseñanzas cristianas; Jesucristo y María son objeto de profunda veneración, y es admirable ver cómo jóvenes y ancianos, mujeres y varones del Islam son capaces de dedicar tiempo diariamente a la oración y de participar fielmente en sus ritos religiosos. Al mismo tiempo, muchos de ellos tienen la profunda convicción de que la vida, en su totalidad, es de Dios y para Él; también reconocen la necesidad de responderle con un compromiso ético y con la misericordia hacia los más pobres.

253. Para sostener el diálogo con el Islam es indispensable la formación adecuada de los interlocutores; no solo para que estén sólida y gozosamente radicados en su propia identidad, sino también para que sean capaces de reconocer los valores de los demás, de comprender las inquietudes que subyacen en sus peticiones y de sacar a la luz las convicciones comunes. Los cristianos deberíamos acoger con afecto y respeto a los inmigrantes del Islam que llegan a nuestros países, del mismo modo que esperamos y rogamos ser acogidos y respetados en los países de tradición islámica. ¡Ruego, imploro humildemente a esos países que den libertad a los cristianos para poder celebrar sus cultos y vivir su fe, teniendo en cuenta la libertad de la que gozan los creyentes del Islam en los países occidentales! Frente a episodios de fundamentalismo violento que nos inquietan, el afecto hacia los verdaderos creyentes del Islam debe

256. A la hora de preguntarse por la incidencia pública de la religión, hay que distinguir diversas formas de vivirla. Tanto los intelectuales como la prensa caen frecuentemente en generalizaciones groseras y poco académicas cuando hablan de los defectos de las religiones, y muchas veces no son capaces de distinguir que no todos los creyentes —ni todas las autoridades religiosas— son iguales. Algunos políticos aprovechan esta confusión para justificar acciones discriminatorias, y otras veces se desprecian los escritos que han surgido en el ámbito de una convicción creyente, olvidando que los textos religiosos clásicos pueden ofrecer un significado a todas las épocas, y tienen una fuerza motivadora que abre nuevos horizontes, estimula el pensamiento y amplía la mente y la sensibilidad; son despreciados por la cortedad de vista de los racionalismos. ¿Es razonable y culto relegarlos a la oscuridad, solo por haber surgido en el contexto de una creencia religiosa? Incluyen principios profundamente humanistas que tienen un valor racional, aunque estén teñidos por símbolos y doctrinas religiosas.

257. Los creyentes nos sentimos cerca también de quienes, no reconociéndose parte de tradición religiosa alguna, buscan sinceramente la verdad, la bondad y la belleza, que para nosotros tienen su máxima expresión y su fuente en Dios. Los percibimos como preciosos aliados en el empeño por la defensa de la dignidad humana, en la construcción de una convivencia pacífica entre los pueblos y en la custodia de lo creado. Un espacio peculiar es el de los llamados nuevos *areópagos*, como el atrio de los gentiles, donde «*creyentes y no creyentes pueden dialogar sobre los temas fundamentales de la ética, del arte y de la ciencia, y sobre la búsqueda de la trascendencia*»²⁰⁴. Ese también es un camino de paz para nuestro mundo herido.

258. A partir de algunos temas sociales, importantes de cara al futuro de la humanidad, he procurado explicitar una vez más la ineludible dimensión social del anuncio del Evangelio, para alentar a todos los cristianos a manifestarla siempre en sus palabras, actitudes y acciones.

Capítulo Quinto

Evangelizadores con espíritu

262. "Evangelizadores con Espíritu" quiere decir evangelizadores que oran y trabajan. Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social o misionero, ni los discursos o praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón; esas propuestas parciales y desintegradoras solo llegan a grupos reducidos y no van más allá, porque mutilan el Evangelio. Hace falta cultivar siempre un espacio interior que otorgue sentido cristiano al compromiso y a la actividad²⁰⁵; sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas se vacían fácilmente de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga. La Iglesia necesita imperiosamente el pulmón de la oración, y me alegra enormemente que se multipliquen en todas las instituciones eclesiales los grupos de oración, de intercesión y de lectura orante de la Palabra, y las adoraciones perpetuas de la Eucaristía. Al mismo tiempo, «*se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad y con la lógica de la Encarnación*»²⁰⁶. Existe el riesgo de que algunos momentos de oración se conviertan en excusa para no entregar la vida en la misión, porque la privatización del estilo de vida puede llevar a los cristianos a refugiarse en una falsa espiritualidad.

263. Es sano acordarse de los primeros cristianos y de tantos hermanos a lo largo de la historia que estuvieron cargados de alegría, llenos de coraje, incansables en el anuncio y dotados de una gran resistencia activa. Hay quienes se consuelan diciendo que hoy es más difícil; sin embargo, reconozcamos que las circunstancias del Imperio romano no eran favorables al anuncio del Evangelio, ni a la lucha por la justicia, ni a la defensa de la dignidad humana. En todos los momentos de la historia están presentes la debilidad humana, la búsqueda enfermiza de uno mismo, el egoísmo cómodo y, en definitiva, la concupiscencia, que nos acecha a todos. Eso está siempre, con un ropaje o con otro; viene de las limitaciones humanas, más que de las circunstancias. Entonces, no digamos que hoy es más difícil, sino que es distinto, y aprendamos de los santos que nos han precedido y han afrontado las dificultades propias de su época. Para ello, os propongo que nos detengamos a redescubrir algunas motivaciones que nos ayuden a imitarlos hoy²⁰⁷.

Encuentro personal con el amor de Jesús, que nos salva

*deriva de la convicción de responder a esta esperanza»*²⁰⁸. El entusiasmo evangelizador se fundamenta en esa convicción. Tenemos un tesoro de vida y de amor que no puede engañar, un mensaje que no puede manipular ni desilusionar. Es una respuesta que baja a lo más hondo del ser humano y que puede sostenerlo y elevarlo; es la verdad que no pasa de moda porque es capaz de penetrar allí donde nada más puede llegar. Nuestra tristeza infinita solo se cura con un amor infinito.

266. Y esa convicción se sostiene con la experiencia, constantemente renovada, de sentir su amistad y su mensaje. No se puede perseverar en una evangelización fervorosa si uno no sigue convencido, por experiencia propia, de que no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tuestas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo; y no es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo solo con la razón. Sabemos bien que con Él la vida se vuelve mucho más plena y es más fácil encontrarle un sentido a todo; por eso evangelizamos. El verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él; percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera. Si uno no lo descubre a Él presente en el corazón mismo de la entrega misionera, pronto pierde el entusiasmo, deja de estar seguro de lo que transmite, y actúa sin fuerza ni pasión; y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie.

267. Unidos a Jesús, buscamos lo que Él busca y amamos lo que Él ama. En definitiva, lo que buscamos es la gloria del Padre; vivimos y actuamos *«para alabanza de la gloria de su gracia»* (Ef 1,6). Si queremos entregarnos a fondo y con constancia, tenemos que ir más allá de cualquier otra motivación; ese es el móvil definitivo, el más profundo, el más grande, la razón y el sentido final de todo lo demás. Se trata de la gloria del Padre, que Jesús buscó durante toda su existencia; Él es el Hijo eternamente feliz por estar en *«el seno del Padre»* (Jn 1,18). Si somos misioneros, es ante todo porque Jesús nos ha dicho: *«La gloria de mi Padre consiste en que deis fruto abundante»* (Jn 15,8). Más allá de que nos convenga o no, nos interese o no, nos sirva o no; más allá de los pequeños límites de nuestros deseos, nuestra comprensión y nuestras motivaciones, evangelizamos para mayor gloria del Padre que nos ama.

270. A veces sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una distancia prudente de las llagas del Señor, pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos refugios personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del ojo de la tormenta humana, para que de verdad aceptemos entrar en contacto con la existencia concreta de los demás y conozcamos la fuerza de la ternura. Cuando lo hacemos, la vida siempre se nos complica maravillosamente, y vivimos la intensa experiencia de ser pueblo, de pertenecer a un pueblo.

271. Es verdad que, en nuestra relación con el mundo, se nos invita a dar razón de nuestra esperanza, pero no como enemigos que señalan y condenan. Se nos advierte muy claramente: «*Hacedlo con dulzura y respeto*» (1P 3,16), y «*en lo posible y en cuanto de vosotros dependa, en paz con todos los hombres*» (Rm 12,18); también se nos exhorta a tratar de vencer «*al mal con el bien*» (Rm 12,21), sin cansarnos «*de hacer el bien*» (Ga 6,9) y sin pretender aparecer como superiores, sino «*considerando a los demás como superiores a uno mismo*» (Flp 2,3). De hecho, los Apóstoles del Señor gozaban de «*la simpatía de todo el pueblo*» (Hch 2,47; 4,21.33; 5,13). Queda claro que Jesucristo no nos quiere príncipes que miren despectivamente, sino hombres y mujeres del pueblo. Y esa no es la opinión de un papa ni una opción pastoral entre otras posibles; son indicaciones de la Palabra de Dios tan claras, directas y contundentes que no necesitan interpretaciones que les quiten fuerza interpelante. Vivámoslas *sine glossa*, sin comentarios; de ese modo, experimentaremos el gozo misionero de compartir la vida con el pueblo fiel a Dios, tratando de encender el fuego en el corazón del mundo.

272. El amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el encuentro pleno con Dios, hasta el punto de que quien no ama al hermano «*camina en las tinieblas*» (1Jn 2,11), «*permanece en la muerte*» (1Jn 3,14) y «*no ha conocido a Dios*» (1Jn 4,8). Benedicto XVI dijo que «*cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios*»²⁰⁹, y que el amor es, en el fondo, la *única* luz que «*ilumina constantemente a un mundo oscuro y que nos da la fuerza para vivir y actuar*»²¹⁰. Por lo tanto, cuando vivimos la mística de acercarnos a los demás y de buscar su bien, ampliamos nuestro interior para recibir los más hermosos regalos del Señor. Cada vez que nos encontramos con un ser humano en el amor, quedamos capacitados para descubrir algo nuevo de Dios: cada vez que se nos abren los ojos

de nuestra vida. Es hermoso ser pueblo fiel de Dios, ¡y alcanzamos la plenitud cuando rompemos las paredes y el corazón se nos llena de rostros y de nombres!

Acción misteriosa del Resucitado y de su Espíritu

275. En el capítulo segundo reflexionábamos sobre esa falta de espiritualidad profunda que se traduce en el pesimismo, el fatalismo y la desconfianza. Algunas personas no se entregan a la misión porque creen que nada puede cambiar y para ellos es inútil esforzarse; piensan así: "¿Para qué me voy a privar de mis comodidades y placeres, si no voy a ver ningún resultado importante?". Esa actitud hace imposible ser misioneros, y es precisamente una excusa maligna para quedarse encerrados en la comodidad, la flojera, la tristeza insatisfecha, el vacío egoísta. Se trata de una actitud autodestructiva, porque «*el hombre no puede vivir sin esperanza: su vida, condenada a la insignificancia, se volvería insoportable*»²¹¹. Si pensamos que las cosas no van a cambiar, recordemos que Jesucristo ha triunfado sobre el pecado y sobre la muerte y está lleno de poder. Jesucristo verdaderamente vive; de otro modo, «*si Cristo no resucitó, nuestra predicación está vacía*» (1Co 15,14). El Evangelio nos relata que cuando los primeros discípulos salieron a predicar, «*el Señor colaboraba con ellos y confirmaba la Palabra*» (Mc 16,20). Eso también sucede hoy; se nos invita a descubrirlo, a vivirlo. Cristo resucitado y glorioso es la fuente profunda de nuestra esperanza, y no nos faltará su ayuda para cumplir la misión que nos encomienda.

276. La resurrección de Jesús no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección; es una fuerza imparable. Es verdad que muchas veces parece como si Dios no existiera: vemos injusticias, maldades, indiferencias y crueldades que no cesan. Pero también es cierto que en medio de la oscuridad siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce un fruto; en un campo arrasado vuelve a aparecer la vida, tozuda e invencible. Habrá muchas cosas negras, pero el bien siempre tiende a volver a brotar y a difundirse. Cada día renace en el mundo la belleza, que resucita transformada a través de las tormentas de la historia. Los valores tienden siempre a reaparecer de nuevas maneras, y de hecho el ser humano ha renacido muchas veces de lo que parecía irreversible; esa es la fuerza de la resurrección, y cada evangelizador es un instrumento de ese dinamismo.

Jn 15,5), aunque muchas veces esa fecundidad sea invisible, inaferrable, imposible de contabilizar. Uno sabe bien que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo, y tiene la seguridad de que no se pierde ninguno de sus trabajos realizados con amor, no se pierde ninguna de sus preocupaciones sinceras por los demás, no se pierde ningún acto de amor a Dios, no se pierde ningún cansancio generoso, y no se pierde ninguna dolorosa paciencia; todo eso da vueltas por el mundo como una fuerza de vida. A veces nos parece que nuestra tarea no ha logrado ningún resultado, pero la misión no es un negocio ni un proyecto empresarial, ni una organización humanitaria, ni un espectáculo en el que contar cuánta gente asistió gracias a nuestra propaganda; es algo mucho más profundo, que escapa a toda medida. Quizás el Señor tome nuestra entrega para derramar bendiciones en otro lugar del mundo al que nosotros nunca iremos. El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere; nosotros nos entregamos, pero sin pretender ver resultados llamativos; solo sabemos que nuestra entrega es necesaria. Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa, y sigamos adelante, démoslo todo, pero dejemos que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos como a Él le parezca.

280. Para mantener vivo el ardor misionero, hace falta una confianza decidida en el Espíritu Santo, porque Él «*viene en ayuda de nuestra debilidad*» (Rm 8,26), pero esa confianza generosa tiene que alimentarse, y para eso necesitamos invocarlo constantemente. Él puede sanar todas nuestras debilidades en el empeño misionero. Es verdad que esta confianza en lo invisible puede producirnos cierto vértigo: es como sumergirse en un mar donde no sabemos qué vamos a encontrar; yo mismo lo he experimentado muchas veces. Pero no hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente y nos impulse hacia donde Él quiera; Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento. ¡A eso se le llama ser misteriosamente fecundos!

Fuerza misionera de la intercesión

281. Hay una forma de oración que nos estimula particularmente a la entrega evangelizadora y nos motiva para buscar el bien de los demás: la intercesión. Miremos por un momento el interior de

285. En la cruz, cuando Cristo sufría en su carne el dramático encuentro entre el pecado del mundo y la misericordia divina, pudo ver a sus pies la consoladora presencia de la Madre y del amigo. En ese crucial instante, antes de dar por consumada la obra que el Padre le había encargado, Jesús le dijo a María: *«Mujer, ahí tienes a tu hijo»*; y luego le dijo al amigo amado: *«Ahí tienes a tu madre»* (Jn 19,26-27). Estas palabras de Jesús al borde de la muerte no expresan ante todo una preocupación piadosa hacia su madre, sino que son más bien una fórmula de revelación que manifiesta el misterio de una misión salvífica especial. Jesús nos dejaba a su madre como madre nuestra, y solo después de hacer eso, pudo sentir que *«todo está cumplido»* (Jn 19,28). Al pie de la cruz, en la hora suprema de la nueva creación, Cristo nos lleva a María, porque no quiere que caminemos sin una madre, y el pueblo lee en esa imagen materna todos los misterios del Evangelio. Al Señor no le agrada que a su Iglesia le falte el icono femenino; María, que lo engendró con tanta fe, también acompaña *«al resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús»* (Ap 12,17). La íntima conexión entre María, la Iglesia y cada fiel, en cuanto que, de diversas maneras, engendran a Cristo, fue expresada bellamente por el beato Isaac de Stella: *«En las Escrituras, inspiradas divinamente, lo que se entiende en general de la Iglesia, virgen y madre, se entiende en particular de la Virgen María (...); también se puede decir que cada alma fiel es esposa del Verbo de Dios, madre de Cristo, hija y hermana, virgen y madre fecunda (...). Cristo permaneció nueve meses en el seno de María, permanecerá en el tabernáculo de la fe de la Iglesia hasta la consumación de los siglos, y en el conocimiento y el amor del alma fiel por los siglos»*²¹².

286. María es la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura; la pequeña esclava del Padre, que se estremece en la alabanza; la amiga siempre atenta para que no falte el vino en nuestras vidas; la del corazón abierto por la espada, que comprende todas las penas. Como madre de todos, es signo de esperanza para los pueblos que sufren dolores de parto hasta que surja la justicia. Ella es la misionera que se acerca a nosotros para acompañarnos por la vida, abriendo nuestros corazones a la fe con su cariño materno; como una verdadera madre, camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios. A través de las distintas advocaciones marianas, ligadas generalmente a los santuarios,

a otros para sentirse importantes. Mirándola, descubrimos que la misma que alababa a Dios porque «*derribó de su trono a los poderosos*» y «*despidió vacíos a los ricos*» (Lc 1,52.53) es la que pone calidez de hogar en nuestra búsqueda de justicia; y es también la que conserva cuidadosamente «*todas las cosas, meditándolas en su corazón*» (Lc 2,19). María sabe reconocer las huellas del Espíritu de Dios en los grandes acontecimientos, y también en aquellos que parecen imperceptibles. Es contemplativa del misterio de Dios en el mundo, en la historia y en la vida cotidiana de cada uno y de todos; es la mujer orante y trabajadora en Nazaret, y también es nuestra Señora de la prontitud, la que sale de su pueblo para auxiliar a los demás «*sin demora*» (Lc 1,39). Esta dinámica de justicia y ternura, de contemplar y caminar hacia los demás, es lo que hace de ella un modelo eclesial para la evangelización. Le rogamos que nos ayude con su oración maternal para que la Iglesia llegue a ser una casa para muchos y una madre para todos los pueblos, y haga posible el nacimiento de un mundo nuevo. Es el Resucitado quien nos dice, con una fuerza que nos llena de inmensa confianza y de firmísima esperanza: «*Yo hago nuevas todas las cosas*» (Ap 21,5). Con María, avanzamos confiados hacia esa promesa, y le decimos:

Virgen y Madre María, / tú que, movida por el Espíritu, / acogiste al Verbo de la vida / en la profundidad de tu humilde fe, / totalmente entregada al Eterno, / ayúdanos a decir nuestro "sí" / ante la urgencia, más imperiosa que nunca, / de hacer resonar la Buena Noticia de Jesús.

Tú, llena de la presencia de Cristo, / llevaste la alegría a Juan el Bautista, / haciéndolo exultar en el seno de su madre. / Tú, estremecida de gozo, / cantaste las maravillas del Señor. / Tú, que permaneciste firme ante la cruz / con una fe inquebrantable / y recibiste el alegre consuelo de la resurrección, / te uniste a los discípulos en la espera del Espíritu / para que naciera la Iglesia evangelizadora.

Haznos llegar ahora un nuevo ardor de resucitados / para llevar a todos el Evangelio de la vida, / que vence a la muerte. / Danos la santa audacia de buscar nuevos caminos / para que llegue a todos / el don de la belleza que no se apaga.

Tú, Virgen de la escucha y de la contemplación, / madre del amor, esposa de las bodas eternas, / intercede por la Iglesia, de la cual eres el icono purísimo, / para que nunca se encierre ni se detenga / en su pasión por instaurar el Reino.

[5] *ibíd.*

[6] Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* (8-12-1975), 80: AAS 68=1976, 75.

[7] *Cántico espiritual*, 36, 10.

[8] *Adversus haereses*, IV, c. 34, 1: PG 7, 1083: «*Omnem novitatem attulit, semetipsum afferens*».

[9] *Evangelii nuntiandi*, 7: AAS 68=1976, 9.

[10] Cf. Propositio 7.

[11] Benedicto XVI, Homilía durante la Santa Misa conclusiva de la 13^a Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos (28-10-2012): AAS 104=2012, 890.

[12] *Ibíd.*

[13] Benedicto XVI, Homilía en la Eucaristía de inauguración de la 5^a Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en el Santuario de "La Aparecida" (13-5-2007): AAS 99=2007, 437.

[14] Encíclica *Redemptoris missio* (7-12-1990), 34: AAS 83=1991, 280.

[15] *Ibíd.*, 40: AAS 83=1991, 287.

[25] Juan Pablo II, Exhortación Apostólica postsinodal *Ecclesia in Oceania* (22-11-2001), 19: AAS 94=2002, 390.

[26] *Christifideles laici*, 26: AAS 81=1989, 438.

[27] Cf. Propositio 26.

[28] Cf. Propositio 44.

[29] Cf. Propositio 26.

[30] Cf. Propositio 41.

[31] Concilio Vaticano II, Decreto *Christus Dominus*, sobre el oficio pastoral de los obispos, 11.

[32] Cf. Benedicto XVI, Discurso a los participantes en un Congreso con ocasión del 40º Aniversario del Decreto *Ad Gentes* (11-3-2006): AAS 98=2006, 337.

[33] Cf. Propositio 42.

[34] Cf. cc. 460-468; 492-502; 511-514; 536-537.

[35] Juan Pablo II, Encíclica *Ut unum sint* (25-5-1995), 95: AAS 87=1995, 977-978.

suplido por las otras», porque su bondad «no podría representarse convenientemente por una sola criatura» (*Summa Theologiae* I, q. 47, art. 1). Por eso nosotros necesitamos captar la variedad de las cosas en sus múltiples relaciones (cf. *Summa Theologiae* I, q. 47, art. 2, ad 1; q. 47, art. 3). Por razones análogas, necesitamos escucharnos unos a otros y complementarnos en nuestra captación parcial de la realidad y del Evangelio.

[45] Juan XXIII, Discurso en la solemne apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II (11-10-1962): AAS 54=1962, 792: «*Est enim aliud ipsum depositum fidei, seu veritates, quae veneranda doctrina nostra continentur, aliud modus, quo eadem enuntiantur*».

[46] *Ut unum sint*, 19: AAS 87=1995, 933.

[47] *Summa Theologiae* I-II, q. 107, art. 4.

[48] *Ibíd.*

[49] N. 1735.

[50] Cf. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica postsinodal *Familiaris consortio* (22-11-1981), 34: AAS 74=1982, 123.

[51] Cf. san Ambrosio, *De Sacramentis*, IV, 6, 28: PL 16, 464: «*Tengo que recibirle siempre, para que siempre perdone mis pecados. Si pecco continuamente, he de tener siempre un remedio*»; *ibíd.*, IV, 5, 24: PL 16, 463: «*El que comió el maná murió; el que coma de este cuerpo obtendrá el perdón de sus pecados*»; san Cirilo de Alejandría. *In Iohannem Evangelium* IV, 2: PG 73, 584-585: «*Me he examinado y me he reco-*

[59] United States Conference of Catholic Bishops, *Ministry to Persons with a Homosexual Inclination: Guidelines for Pastoral Care* (2006), 17.

[60] Conférence des Évêques de France. *Conseil Famille et Société, Élargir le mariage aux personnes de même sexe? Ouvrons le débat!* (28-9-2012).

[61] Cf. Propositio 25.

[62] Azione Cattolica Italiana, Messaggio della 14^a Assemblea Nazionale alla Chiesa ed al Paese (8-5-2011).

[63] Joseph Ratzinger, *Situación actual de la fe y la Teología*. Conferencia pronunciada en el Encuentro de Presidentes de Comisiones Episcopales de América Latina para la Doctrina de la Fe, celebrado en Guadalajara, México, 1996, publicada en *L'Osservatore Romano*, 1-11-1996. Cf. *Documento de Aparecida*, 12.

[64] Georges Bernanos, *Journal d'un curé de campagne*, Paris 1974, 135.

[65] Discurso en la solemne apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II, 4, 2-4: AAS 54=1962, 789.

[66] John Henry Newman, Letter of 26 January 1833, en *The Letters and Diaries of John Henry Newman*, III, Oxford 1979, 204.

[67] Benedicto XVI, Homilía durante la Santa Misa de apertura del Año de la Fe (11-10-2012): AAS

[73] Juan Pablo II, Exhortación Apostólica postsinodal *Christifideles laici* (30-12-1988), 51: AAS 81=1989, 493.

[74] Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración *Inter Insigniores*, sobre la cuestión de la admisión de la mujer al sacerdocio ministerial (15-10-1976), VI: AAS 69=1977, 115, citada en *Christifideles laici*, 51, nota 190: AAS 81=1989, 493.

[75] Juan Pablo II, Carta Apostólica *Mulieris dignitatem* (15-8-1988), 27: AAS 80=1988, 1718.

[76] Cf. Propositio 51.

[77] *Ecclesia in Asia*, 19: AAS 92=2000, 478.

[78] *Ibíd.*, 2: AAS 92=2000, 451.

[79] Cf. Propositio 4.

[80] Cf. *Lumen gentium*, 1.

[81] Meditación en la primera Congregación General de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos (8-10-2012): AAS 104=2012, 897.

[82] Cf. Propositio 6; Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 22.

[92] *Ecclesia in Africa*, 61: AAS 88=1996, 39.

[93] Cf. *Summa Theologiae*, I, q. 39, art. 8 cons. 2: «Excluido el Espíritu Santo, que es el nexo de ambos, no se puede entender la unidad de conexión entre el Padre y el Hijo»; cf. también *ibíd.* I, q. 37, art. 1, ad 3.

[94] *Ecclesia in Oceania*, 17: AAS 94=2002, 385.

[95] Cf. *Ecclesia in Asia*, 20: AAS 92=2000, 478-482.

[96] Cf. *Lumen gentium*, 12.

[97] Juan Pablo II, Encíclica *Fides et ratio* (14-9-1998), 71: AAS 91=1999, 60.

[98] *Documento de Puebla*, 450; cf. *Documento de Aparecida*, 264.

[99] Cf. *Ecclesia in Asia*, 21: AAS 92=2000, 482-484.

[100] N. 48: AAS 68=1976, 38.

[101] *Ibíd.*

[102] Discurso en la Sesión inaugural de la 5ª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (13-5-2007), 1: AAS 99=2007, 446-447.

[114] *Ibíd.*

[115] *Pastores dabo vobis*, 26: AAS 84=1992, 698.

[116] *Ibíd.*, 25: AAS 84=1992, 696.

[117] Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* II-II, q. 188, art. 6.

[118] *Evangelii nuntiandi*, 76: AAS 68=1976, 68.

[119] *Ibíd.*, 75: AAS 68=1976, 65.

[120] *Ibíd.*, 63: AAS 68=1976, 53.

[121] *Ibíd.*, 43: AAS 68=1976, 33.

[122] *Ibíd.*

[123] *Pastores dabo vobis*, 10: AAS 84=1992, 672.

[124] *Evangelii nuntiandi*, 40: AAS 68=1976, 31.

[125] *Ibíd.*, 43: AAS 68=1976, 33.

[135] Benedicto XVI, Exhortación Apostólica postsinodal *Verbum Domini* (30-9-2010), 1: AAS 102=2010, 682.

[136] Cf. Propositio 11.

[137] Cf. *Dei Verbum*, 21-22.

[138] Cf. *Verbum Domini*, 86-87: AAS 102=2010, 757-760.

[139] Discurso durante la primera Congregación General del Sínodo de los Obispos (8-10-2012): AAS 104=2012, 896.

[140] *Evangelii nuntiandi*, 17: AAS 68=1976, 17.

[141] Juan Pablo II, *Mensaje a los discapacitados*, Ángelus (16-11-1980): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en español (23-11-1980), 9.

[142] *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 52.

[143] Juan Pablo II, *Catequesis* (24-4-1991), 6: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en español (26-4-1991), 3.

[144] Benedicto XVI, Motu Proprio *Intima Ecclesiae natura* (11-11-2012): AAS 104=2012, 996.

[155] *Octogesima adveniens*, 23: AAS 63=1971, 418.

[156] *Populorum progressio*, 65: AAS 59=1967, 289.

[157] *Ibíd.*, 15: AAS 59=1967, 265.

[158] Conferência Nacional dos Bispos do Brasil, Documento *Exigências evangélicas e éticas de superação da miséria e da fome* (abril 2002), Introducción, 2.

[159] Juan XXIII, Encíclica *Mater et magistra* (15-5-1961), 3: AAS 53=1961, 402.

[160] San Agustín, *De Catechizandis Rudibus*, I, XIV, 22: PL 40, 327.

[161] *Libertatis nuntius*, XI, 18: AAS 76=1984, 907-908.

[162] Juan Pablo II, Encíclica *Centesimus annus* (1-5-1991), 41: AAS 83=1991, 844-845.

[163] Juan Pablo II, Homilía durante la Misa para la evangelización de los pueblos en Santo Domingo (11-10-1984), 5: AAS 77=1985, 358.

[164] *Sollicitudo rei socialis*, 42: AAS 80=1988, 572.

[165] Discurso en la Sesión inaugural de la 5ª Conferencia general del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (12-5-2007), 2: AAS 80=2007, 450.

[175] Benedicto XVI, Encíclica *Caritas in veritate* (29-6-2009), 2: AAS 101=2009, 642.

[176] *Christifideles laici*, 37: AAS 81=1989, 461.

[177] Cf. Propositio 56.

[178] Catholic Bishops' Conference of the Philippines, Carta pastoral *What is Happening to our Beautiful Land?* (29-1-1988).

[179] *Populorum progressio*, 76: AAS 59=1967, 294-295.

[180] United States Conference of Catholic Bishops, Carta pastoral *Forming Consciences for Faithful Citizenship* (2007), 13.

[181] *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 161.

[182] *Das Ende der Neuzeit*, Würzburg 91965, 30-31.

[183] Cf. Ismael Quiles, S. I., *Filosofía de la educación personalista*, Buenos Aires 1981, 46-53.

[184] Comité permanent de la Conférence Episcopale Nationale du Congo, *Message sur la situation sécuritaire dans le pays* (5-12-2012), 11.

[185] Cf. Platón, *Compendio*, 465.

[196] *Redemptoris missio*, 56: AAS 83=1991, 304.

[197] Cf. Discurso a la Curia Romana (21-12-2012): AAS 105=2013, 51; Concilio Vaticano II, Decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia, 9; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 856.

[198] *Lumen gentium*, 16.

[199] Comisión Teológica Internacional, *El cristianismo y las religiones* (1996), 72.

[200] *Ibíd.*

[201] Cf. *ibíd.*, 81-87.

[202] Cf. Propositio 16.

[203] Benedicto XVI, Exhortación Apostólica postsinodal *Ecclesia in Medio Oriente* (14-9-2012), 26: AAS 104=2012, 762.

[204] Propositio 55.

[205] Cf. Propositio 36.

[206] *Novo millennio ineunte*, 52: AAS 93=2001, 304.

[216] Cf. Propositio 58.

[217] *Redemptoris Mater*, 17: AAS 79=1987, 381.